

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

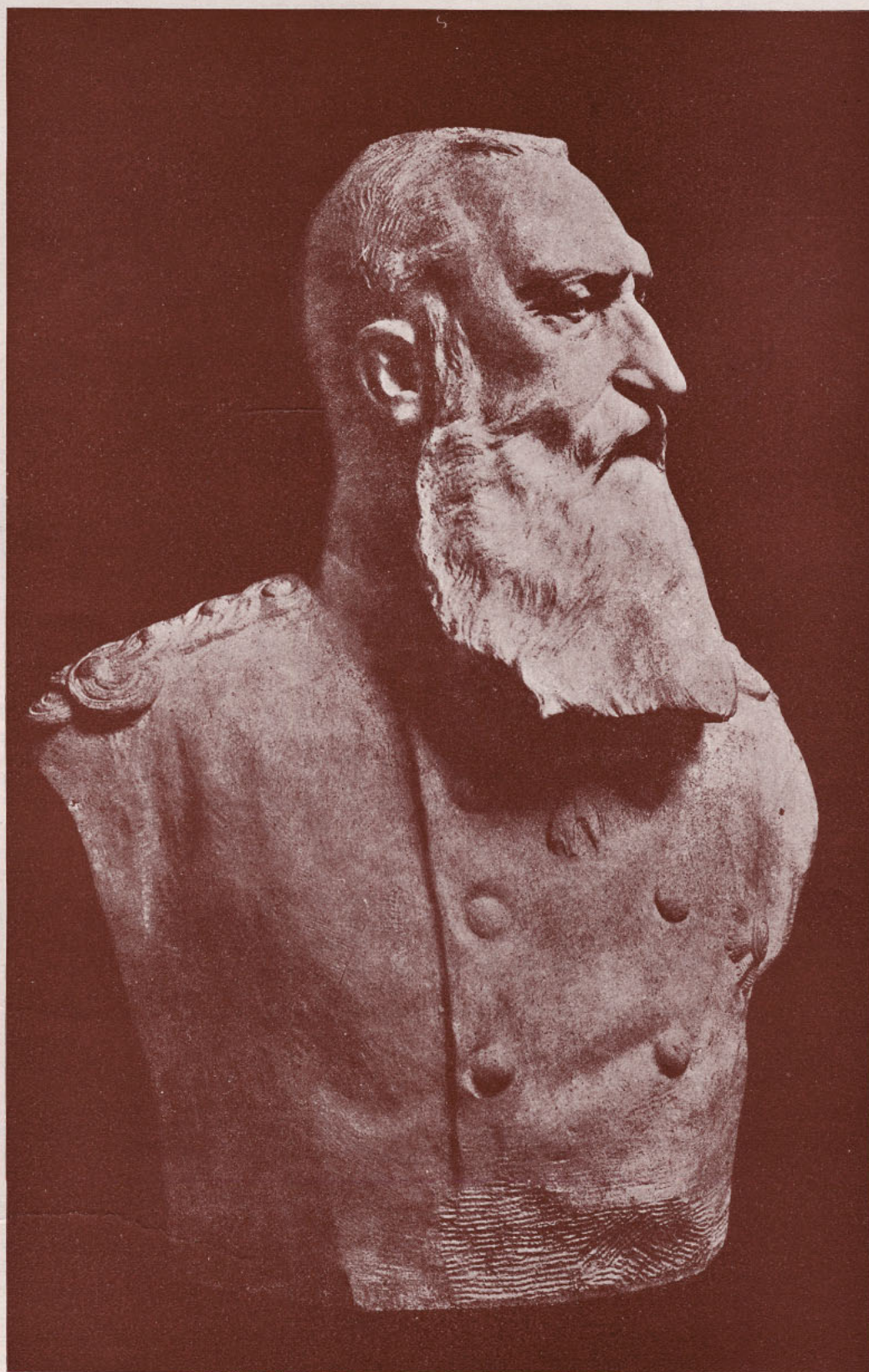
Año 1.—Núm. 10

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Enero de 1910

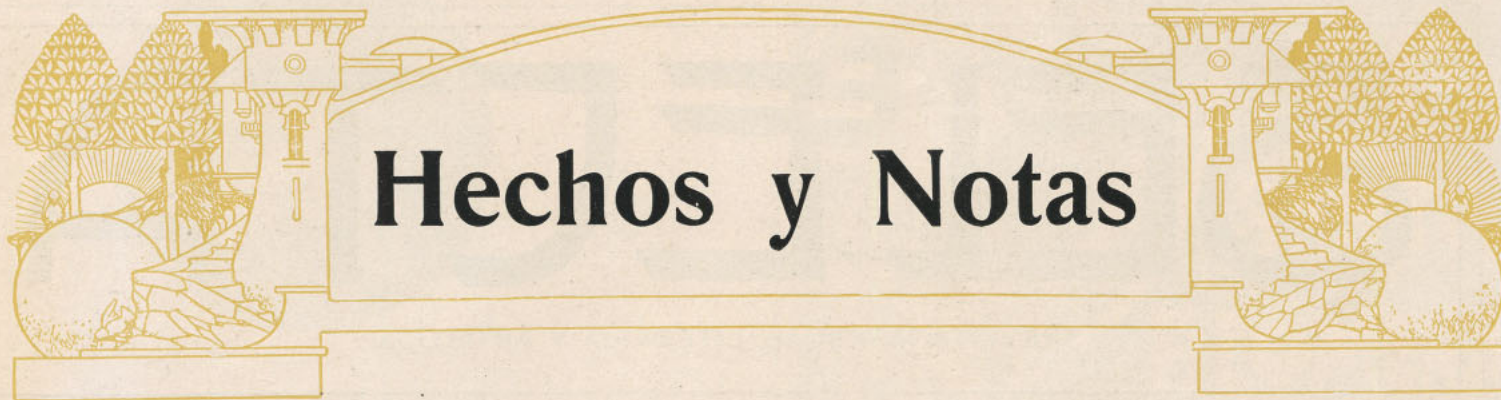
DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso



Busto escultórico de Vincotte

S. M. el Rey Leopoldo II de Bélgica



Hechos y Notas

UN año se va y llega otro, deshojando igualmente las rosas pálidas de la vida, y arrancando uno á uno los pétalos de las margaritas á las cuales preguntamos siempre, á los veinte años, si nos quieren mucho, poquito ó nada. Un año se va, llevando en sí, acaso, el tumulto y el fragor de muchas tempestades, la sonrisa luminosa de alguna mañana de sol, la poesía delicada de alguna tarde de otoño, la luz de luna de alguna noche de ensueño, la alegría suprema de algún minuto inolvidable, ó la amargura punzante de los adices sin palabras, sin cartas, sin flores que inician la vida del silencio, del vacío, con la sensación desesperante de que la vida no podrá darnos jamás todo cuanto quisiéramos pedirle.

Un año se va... y se aleja... ya pasó... Arrojamós sobre él unas cuantas paladas de tierra, un poco de olvido, con la misma indiferencia desdeñosa con que miramos barrer, en el salón de una peluquería, esos rizos que fueron nuestros, que acaso fueron acariciados algún día por dedos sonrosados y que ahora el impulso brutal de alguna escoba arroja al cesto donde irán á la basura, á lo que no tiene nombre, á lo jamás imaginado... á lo peor que la muerte.

Así se abandona y se olvida de sí misma la mayoría de la humanidad, el gran rebaño social, esa masa de ilustres anónimos que nos rodea y que constituye un mar sin orillas, de eternos y monótonos oleajes.

Pero existe un número reducido, un puñado de seres que viven una vida diversa de la masa, una existencia más alta y superior, una más intensa y poderosa, con mayor ensueño, con más hondas palpitations de vida, con rugidos, con sonrisas, con ternuras, con una mayor comprensión de los dolores y de las faltas ajenas, con mayor capacidad para penetrar en las almas ajenas, y asimilárselas, y vivir su vida y sacar de ellas una quinta esencia misteriosa. Esos realizan, en este mundo, la palabra sagrada de que muchos son los llamados y pocos los escogidos.

¿En qué se distinguen esos seres? Acaso en un sello de perfección ó de superioridad moral. Podrán ser muy hermosos, y muy elegantes los escogidos, ó ser feos y podrán tener una fuerza de inteligencia, una superioridad de sentimiento, un ardor de pasión particulares. Cristo prefería á Marta porque le contemplaba, y acaso la preferida no tenía más fuerza, ni más valor, ni más mérito que el arte de escuchar, de absorberse, de arrojarse, de sutilizarse hasta convertirse en espíritu, al oír esas palabras divinas que caían como rayos de luz dorada, con el eco eterno de las cosas que no se olvidan, que no pueden olvidarse, que no se olvidarán jamás.

Y lo más triste, lo más lamentable es que, como no es posible reconocer por signos exteriores y sensibles las facultades íntimas, esas almas de misterio suelen vivir y morir desconocidas, como en la exquisita poesía de Enrique Heine:

"Hay del Norte en la región sombría
" un Pino solitario...
" que duerme, del hielo y de la nieve,
" bajo el yerto sudario...
" Sueña con una lánguida palmera
" que, en el lejano Oriente,
" triste y melancólica se inclina
" sobre una roca ardiente..."

Un año se ha ido. Hemos dado un paso más en la marcha á lo eterno y acaso, por algunos fugitivos instantes, nos hemos puesto en contacto con lo infinito...

✻ ✻

En los últimos días del año, mientras caen las hojas en el hemisferio Norte y festonean nuestros árboles, en el Sur, con todo su verdor radiante, acaba de morir un exquisito y original

artista que pertenecía, por su alma, al Norte, á Grecia, y por su vida, al sur, á Chile. Era uno de los últimos paganos que creían en Júpiter y en Apolo y adoraban á Venus Afrodita, y tributaban, con toda seriedad, culto á las musas, á los sátiros de los bosques, á las ninfas de las fuentes, á las nereides y á las sirenas que atraen con su canto á las profundidades de los mares. No recuerda la historia que viajero alguno haya podido resistir las atracciones peligrosas de esa música divina.

Manuel Rodríguez Mendoza era ese único pagano del arte, el bohemio incorregible, que por sistema, detrás de un sarcasmo, de una burla fría, de una actitud de pose acartonada y artificial, sabía ocultar alguna exquisita nota de ternura, una sed de amor, de sentimiento, la comprensión de una atmósfera más perfecta y más completa.

Le conocí hace algunos años, cuando comenzamos á formar, entre unos cuantos, el célebre círculo de la Bohemia de "La Epoca", con niños revueltos con hombres, de donde saldrían, con el tiempo, Ministros, grandes artistas, personalidades geniales, hombres de mundo, poetas, pintores, soldados, literatos, nombres que llegarían á figurar muy alto, influencias que se harían sentir muy lejos. En aquellos salones charlaron con ingenio inimitable Augusto Orrego, Vicente Grez, Isidoro Errázuriz, Máximo Lira, Julio Bañados, Gregorio Ossa, Alberto Blest, y entre los jóvenes, Rubén Darío, Pedro Balmaceda, Alfredo y Galo Irrázaval, Lorenzo Montt, Narciso Tondreau, Jorge Huneeus y muchos otros que sería largo enumerar ahora. Figuraban pintores como Valenzuela y Molina, poetas como Darío, oradores como Errázuriz y Lira, novelistas como Grez. Durante los últimos tiempos de la Administración Santa María, fué director de "La Epoca" el actual Presidente de la República, don Pedro Montt.

Ingresé á ese diario, en calidad de cronista, á los diecisiete años. Manuel Rodríguez Mendoza era Segundo Redactor. Niño todavía, me encontré lanzado en las tempestades políticas más graves por las cuales haya atravesado Chile y que terminaron con la revolución de 1891, durante la cual casi todos abandonamos la pluma para coger la espada.

En la tertulia literaria de "La Epoca", de la cual hablaré algún día extensamente, brillaban el ingenio y la charla extraordinariamente pintoresca de Manuel Rodríguez. Nadie sentía tan hondamente el arte como él, y pocos tenían la palabra gráfica, la imagen colorida que él empleaba, tratando á grandes pinceladas el cuadro de alguna situación ó el retrato de algún hombre.

Atravesó la vida sembrando entre unos pocos íntimos su talento privilegiado. Sentía el horror de las multitudes, la antipatía profunda de todo lo vulgar, de lo anónimo, de lo colectivo, y arreglaba su vida al revés de todo el mundo. Era un noctámbulo profesional. Vivía de noche, y sus grandes horas de charla y de ingenio se iniciaban á las doce, en las cenas de amigos, en los momentos en que el poeta Prendez, que también ha muerto joven, improvisaba, con facilidad pasmosa, sus versos sobre inspiraciones fugaces del momento. El notable pintor Valenzuela, que acaba de morir, desarrollaba teorías artísticas, y Rodríguez, con ironía sangrienta, satirizaba las situaciones políticas ó los hombres de actualidad.

Todos ellos se han ido. Algunos, como Rubén Darío, gozan de reputación universal; otros se han perdido en las encrucijadas de la política; otros, como Bañados, Rodríguez, Prendez y Vicente Grez, marcharon á la región misteriosa del recuerdo. Apenas si quedan unos pocos batalladores de ese grupo, los más jóvenes, los niños de entonces, los luchadores esforzados, los que al través de todos los desengaños conservan un amor ó un ideal.

LUIS ORREGO LUCO



VIEJAS CANCIONES.—Cuadro de Fernando Toussaint

OBSERVACIONES

HAY todavía quienes repiten como un dogma el consejo de Sócrates, convencidos de que conocerse el hombre á sí mismo es una árdua ciencia. Si los hombres no se conocieran tan bien como se conocen, ¿qué significado tendría la hipocresía?

★

La insolencia más impertinente es la de aquellos individuos que miran de tal manera, que tutean con los ojos á cuantos miran.

★

El aburrirse es una facultad que supone cierto grado de inteligencia y elevación de espíritu. Un tonto rara vez se aburre: en todas partes y en todas las situaciones encuentra personas ó cosas triviales con qué distraerse. Ello depende también de que es más fácil tener sensaciones que tener ideas, y mientras un hombre inteligente necesita pensar, un tonto se satisface con sentir.

★

Sólo cuando una mujer se convence de que no es hermosa, afirma que la inteligencia es una cualidad superior á la belleza. Y sólo cuando es pobre, sostiene el hombre que no es la riqueza sino el amor lo que hace la felicidad de la vida. Pero si Dios permitiese á las feas elegir entre el talento y la hermosura, y á los pobres entre la fortuna y el cariño, no quedarían en el mundo ni una mujer inteligente ni un hombre pobre.

★

Hay hombres con tantas cualidades, que son necesariamente apreciados por todos; no les falta más que algún defecto para ser verdaderamente queridos.

★

La ciencia moderna señala estrechas relaciones entre el estómago y la inteligencia. Los hombres de talento y los pensadores digieren peor que los ignorantes y los despreocupados. Sin embargo, los sanos estómagos del pasado infundían la robusta lógica de Aristóteles y Platón; y esta lógica inspiraba tratados bastante sólidos para atravesar los siglos. Los estómagos degenerados de nuestros días, así como han inventado una cocina más incitante que sustancial, han creado una filosofía más ingeniosa que sabia, estampada en el libro contemporáneo por excelencia, que es la novela.

La esterilidad de nuestra política proviene de que nuestros partidos se dedican más activamente á frustrar los objetivos del adversario que á fecundar los propios. Si en vez de gastar sus fuerzas en estorbar los programas ajenos, las empleasen en realizar los suyos, surgiría de uno y otro lado todo lo bueno que hoy sucumbe al ataque de uno ú otro lado.

★

Hace tiempo leí un poemita que es una miniatura literaria. Un día, al anochecer, caminando por el mundo, el poeta

tuvo un encuentro imprevisto...
Se encontró con Jesucristo.

—¿A dónde vas, Señor?

—Voy á París.

—¡Oh, Señor! no vayas allá, te harán sufrir mucho.

El Señor sonrió, entre bondadoso y melancólico, prosiguió su camino y desapareció en las sombras.

Pasó el tiempo, y el poeta, andando por el mundo, un día, al amanecer, se encontró de nuevo con Jesús.

—¿Qué hallaste en París, Señor?

Y El, sonriendo bondadoso y melancólico:

—¡Los perdono! hallé muchas Magdalenas, pero todas me ungieron los pies.

Alegoría bella y penetrante, que expresa bien el carácter de París, de la Francia, del alma latina: fácil para el extravío, ardiente en el pecado, pero con un fondo de amor generoso, de arrepentimiento sincero, de inextinguible ideal.

★

Axiomas sin excepción:—Cuánto más se esmera un hombre en manifestar que no ama á la mujer que en verdad no lo ama á él, tanto más enamorado está.—Cuánto más insistentemente declara una mediocridad política que desdenna los diarios, tanto más sensible es á los elogios y censuras de la prensa.

★

Que la mujer prefiera ser amada á ser amante, es natural; pero que otorgue al hombre que la ama favores que á menudo niega al hombre á quien ama, es un misterio.

JACOBO EDEN

El Centenario de Tennyson



CIEN años hace que nació en Somersby, pequeño pueblo del Lincolnshire, un alto poeta inglés, que supo compendiar en su poesía todo el esplendor de una época. Como Shakespeare al lado de Isabel, y Milton junto a Oliverio Cromwell, Alfredo Tennyson respaldó muy cerca de la reina Victoria, señora del Reino Unido y emperatriz de sus indias. Inglaterra, que acaba de conmemorar en sus centenarios a Darwin, a Fitzgerald; que hizo inglés a Omar Khayyam y a Edgar Poe, apréstase a celebrar el de Tennyson, el poeta

nacional, figura, en cierto modo, representativa.

Si no hubiera sido más que un hombre de talento, falto de vida y fuerza, tal como aparece en la justamente afamada historia de la literatura inglesa de Taine, toda la popularidad que en vida alcanzó Tennyson sirviérase sólo para hacer más profundo el olvido en que hoy estaría su nombre. Pero estudiada con detenimiento su obra, puestos en claro los acontecimientos sencillos de su vida apacible, tan armoniosa resulta la unión del hombre y el poeta, tanto enaltece a éste la serena y nada ruidosa grandeza de aquél, que es fuerza mirarle como a uno de los más puros y humanos cantores modernos. Enamorado del tiempo antiguo, conoció todas las preocupaciones de su época, y sus versos translucen a menudo la impresión que en su espíritu dejaban las ideas y las luchas del momento. Lo que hizo fué vestirlas con galas de poesía esplendorosa; y así, por ejemplo, su poema *The Princess*, compuesto como los ciclos de novelas italianas, como el *Decamerón*, deja que vibre a lo largo del relato, embellecido de trecho en trecho por los más hermosos trozos líricos, todo el problema feminista.

El mismo Tennyson, á petición de su hijo, ha contado algunas de sus impresiones de la niñez: su extraordinaria precocidad poética, la impresión de sus primeras lecturas, Thomson y Homero, en la traducción de Pope, y detalles como el que transcribimos: "Antes de que supiera leer tenía por hábito, en los días tormentosos, abrir los brazos al viento y gritar: "Oigo una voz " que habla en el viento". y las palabras far, far away (lejos, " muy lejos), tuvieron siempre para mí un raro encanto". Infancia tranquila la de Tennyson, cuarto hijo de un eclesiástico que fué padre de diez. El padre vigiló y dirigió su primera educación, continuada en la Grammar School de Louth. Los dos hermanos mayores de Alfredo, Federico y Carlos, fueron también poetas: obscurece sus nombres la fama del hermano menor, pero de ambos quedan obras no vulgares. En las de Federico, que vivió fuera de su patria hasta 1859, año en que se estableció en Jersey, adviértese algún rasgo que las aproxima á las de su más famoso hermano; pero en las de Carlos, que se consagró á la Iglesia, ninguna influencia se hace visible; su noble y severa inspiración revistió con gran holgura la forma del soneto, que tentó pocas veces al poeta laureado. En 1827, cuando Alfredo tenía dieciocho años y Carlos diecinueve, hicieron imprimir un libro, que titularon *Poems of two brothers*. Un editor dióles veinte libras esterlinas por la propiedad, y, al cobrarlas, los dos jóvenes permitiéronse el lujo de una larga paseata en coche por entre bosques y á lo largo de la costa, abiertos los pechos juveniles al aire salubre, y los espíritus á una esperanza de gloria. No pasó inadvertido el tomo de poesías; pero, más que las de Alfredo, elogiáronse las composiciones de Carlos.

La misma opinión que á los críticos merecieron las poesías de uno y otro á los que, años después, en el Trinity College de Cambridge, uniéronse con lazos de compañerismo á los dos hermanos. Y más que á ellos, en aquel grupo de jóvenes, muchos de los cuales habían de ganar renombre, ofase con admiración á un mozo de vivo ingenio y de palabra ardiente, prometido de una hermana de Tennyson, á Arturo Hallam, cuya súbita muerte, acaecida en 1833 lejos de Inglaterra, había de inspirar á Alfredo su famosísimo *In memoriam*, publicado muchos años después, y que marca una de las cumbres de su labor poética.

De aquellos años es el retrato que Carlyle trazó, haciendo vivir en su prosa la figura del poeta que Jorge Federico Watts había de llevar tantas veces al lienzo. "Tennyson, dice Carlyle, es uno de los hombres más arrogantes que he conocido. Una masa de cabellos oscuros, unos ojos brillantes, risueños, de color de avellana; una cara maciza, pero muy delicada; un color moreno amarillento, casi como el de un indio; los vestidos cínica-

mente descompuestos, sin esmero alguno. Fuma una cantidad enorme de tabaco. Su voz es musical, metálica, hecha para el reír prolongado y el gemir penetrante y todo lo que hay entre estos dos extremos; su palabra y su argumentación son fáciles y abundosas; ¡hace diez años que no he fumado una pipa con un nombre como él!... Veremos lo que llega á ser".

Desde que salió de Cambridge hacia el poeta vicia retirada y familiar. No muy crecidas rentas aseguraban cierta holgura, comprometida en ocasiones. Enamorado de Emilia Sellwood, hermana de la esposa de Carlos Tennyson, tuvo que dilatar su enlace hasta que, en 1850, nombrado, a la muerte de Wordsworth, poeta laureado, y bien establecida su reputación, pudo unirse a ella. "Desde entonces, ha dicho el mismo, la paz entró en mi vida".

En 1830 había publicado Tennyson su primer libro, *Poems chiefly Lyrical*, al que siguió otro, en 1833, muy acremente criticado por la *Quarterly Review*. Granjearonse, con todo, estos dos libros la admiración de los más nombrados literatos ingleses, y cuando, en 1842, otros dos nuevos tomos vieron la luz, el público inglés conoció y aclamó en él á un gran poeta. La forma siempre musical, dentro de una grandísima precisión verbal, dábale nsonomia propia y acomodábase á las inspiraciones más diversas, desde los *Recuerdos de las mil y una noches*, maravillosos y suaves como un cuento infantil, hasta *Locksley Hall*, poema que tiene un tempestuoso impulso de mocedad; desde las baladas románticas, como *El señor de Burleigh*, hasta las octas patrióticas de *La carga de la brigada ligera*; desde el humorismo de *El roble parlante*, hasta la impecable limpidez clásica de *Ulises*.

El sombrío y fantástico poema de *Maud*, de 1856, los *Idilios del Rey*, que vieron la luz desde 1857 hasta 1885, en que se agruparon definitivamente, y los que se han llamado idilios del hogar, entre los que descuella *Enoch Arden*, publicado en 1864, dan aspectos bien señalados y diversos de la personalidad del poeta. La extraña fantasía de *Maud* contrasta con la apacible dulzura de los idilios, como *Dora* y *Enoch Arden*, que persiguen y llevan á punto de acabada perfección el ideal que inspiró á Wordsworth sus *Baladas líricas*, de hacer entrar en el campo de la poesía las humildes realidades de la existencia. Pero la obra capital de Tennyson constitúyenla, indudablemente, los *Idilios del Rey Arturo* y su *Tabla Redonda*: todo el fondo de la primitiva poesía nacional renuévase gloriosamente en los doce relatos que forman el ciclo, en una resurrección admirable. Tennyson alcanza la preza de la poesía épica, tal como hoy, en estos días prosaicos, es posible lograrla. Los héroes de la *Ilíada* y la *Odisea* no fueron quizás los más altos de los tiempos míticos; pero viven para nosotros porque tuvieron quien cantara sus gestas, y bien lo dijo el clásico español:

"Que si no existiera Homero,
no fuera Ulises famoso".

En nuestros días no hay fechoría ni hazaña que no encuentre, si no su cantor, por lo menos su cronista humilde, y la épica, para vivir, ha tenido que disfrazarse de novela ó pedir un elemento de fantasía, para engastar en él la flor de un símbolo, á las épocas pasadas.

La sabiduría de Merlín y la astucia de Bibiana; el esfuerzo de sir Geraint y de sir Gareth; la desventura de Elena, la constancia de Enid, la felonía de Modred, los amores culpables de la reina Ginebra con Lanzarote de Lago, y, sobre todos, el heroico Arturo, padre de leyendas, en su corte mágica de Camelot, reviven en los versos de Tennyson para hablar á nuestros espíritus disipados un idioma noble de esfuerzo, y virtud y pureza.

Tennyson, que desde 1875 había intentado llegar al teatro con *La reina María*, *Becket*, *El halcón*, *La copa* y algunas obras más, sin conseguir grandes éxitos escénicos, á pesar del genio de Irving, fué nombrado, en 1884, *Bar del Reino*, con el título de Barón de Aldworth y Freshwater. Amargados los últimos años de su existencia por la muerte prematura de uno de sus hijos, pasó el poeta de esta vida en la casa que desde su matrimonio ocupaba en la isla de Wight, el día 6 de Octubre de 1892. Diósele sepultura en el Rincón de los Poetas de la Abadía de Westminster, muy cerca de su gran émulo, Roberto Browning.

La figura de Tennyson, más que con la de nuestro Zorrilla, con quien se le ha comparado, tiene semejanza con la del Duque de Rivas. Ambos sintieron la leyenda de un modo épico é hicieron de ella un espejo de honor y nobleza. Ambos supieron, como nunca Zorrilla, contener el lirismo y ceñirse con desembarazo á la narración poética. El poema de nuestro Duque titulado *El Sombrero* es el equivalente más perfecto que se puede señalar en nuestra literatura á los idilios domésticos del autor inglés. Pero los nombres de Tennyson y Zorrilla están enlazados por una curiosa circunstancia. Tennyson era rico; cada verso, cada palabra suya pagábase espléndidamente cuando el poeta hubo llegado á la celebridad. Zorrilla, que había enriquecido á mucho con sus obras, quedándose pobre, tenía que vivir de un trabajo nunca bien retribuido. Un editor barcelonés, que había adquirido unos grabados de Gustavo Doré, encargó á Zorrilla que sobre ellos compusiera una narración á la que se pudieran acompañar. Aquellos grabados eran los que hizo Doré para ilustrar los *Idilios del Rey*, de Tennyson. Y nuestro venerable poeta, sin haber leído quizá la obra del Laureado, tejió sobre aquellas ilustraciones los versos de sus *Ecos de las montañas*.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO



Stella matutina

Con lento paso me acerqué á la puerta
Oprimiendo mi frente enardecida:
Sobre su lecho cándido tendida
La prenda de mi amor estaba muerta!

De cuatro cirios á la llama incierta
Aquel espectro ví que era mi vida:
Aún junto á la almohada ha'lé caída
La humilde rosa que la dí entreabierta . . .

Me pareció que de sus negros ojos
Una celeste claridad brotaba;
Que otra vez animados sus despojos

Para decirme "¡tuya!" — me llamaba.
Besé sus labios, se tornaron rojos . . .
Era el beso primero que la daba . . .

Manuel del Palacio.

華香
印



Al pasar...

RINCON DE TALLER

La expresión más intensa del alma de Roma moderna la reflejan, sin duda, los talleres de los artistas diseminados en los más apartados u ocultos sitios de la ciudad. Al pie del Pincio se escalona una serie de habitaciones á donde se llega por mil vericuetos. De una calle á trasmano se penetra generalmente á un callejón que da acceso á muchos departamentos incrustados en las irregularidades del terreno, y que se apoyan ó se suspenden á los flancos del cerro. Son viejas construcciones de varios pisos, comunicadas entre sí por escalerillas ligeras ó por puentes de madera. Allí, entre festones de enredaderas, entre terrazas floridas ó jardines suspendidos, se esconden esas vidas laboriosas de artistas, vidas de ensueño apasionado y de idealismo ardiente.... Esos son los laboratorios secretos en que se cristaliza todo lo que hay de vago, de flotante, de inaccesible ó de oculto en nuestra vida cotidiana.

Entre todas esas moradas humildes é íntimas, escondidas entre las rocas del Pincio, sentía una atracción particular por el taller de **Piombino**, el viejo pintor italiano de la grandeza romana. El ha pintado la Roma de los Césares, el esplendor pagano, las turbas delirantes, las agrupaciones inmensas... pero una vez que otra su pincel, cansado del cro de las apoteosis, desciende á las sombras de las catacumbas y nos presenta la sepultura de un mártir á la incierta luz de las lamparillas sepulcrales, ó nos muestra aún los orígenes de esa misma altiva Roma desde la cima del Janículo á la clásica hora del "tramonto", con la gran campiña abierta y el sol glorioso, invitando á los conquistadores que miran deslumbrados diciendo: ¡Ecco Roma!

Conocía parte de su obra artística en cuadros expuestos en el salón de París, ó vendidos á las galerías particulares de los palacios de Roma, y deseaba conocer al hombre que había logrado escribir, con su pincel, páginas históricas al estilo de Flaubert ó de Sienkiewicks, en reconstrucciones antiguas de tan soberbia pujanza ó en dulces visiones de arcaica sencillez.

La magnificencia de sus concepciones, la precisión de sus detalles, la amplitud de sus perspectivas, la armonía de sus agrupaciones me lo presentaban como á un príncipe del arte.

Un amigo "Romano de Roma", de esos tipos de hombres que son como el trasunto de toda una raza, eterno enamorado de esa ciudad, única entre todas, que posee, como ciertas mujeres, el privilegio de tener amantes en la vejez, me condujo al taller de Piombino.

¿Cuál no sería mi sorpresa al detenerse el carruaje en un pobre edificio, debiendo trepar por una escalera inmundos pisos y más pisos, hasta llegar al techo, y allí, no en una buhardilla, que sería nombre pomposo para la realidad, sino entre las planchas de zinc rotas y carcomidas de una techumbre cual infecta madriguera de ratones, encontrar el taller y la vivienda de uno de los más brillantes artistas contemporáneos? En el verano, aquel **trou** debía ser un horno abrasador, y en el invierno la tramontana debía convertirlo en un páramo. Aquello era menos que pobre, menos que miserable, era sencillamente ruín y de una riundad abyecta. Los yesos, los maniqués, los trapos concernientes á las antiguas decoraciones que aquel prodigioso pincel hacía resurgir de las sombras del pasado, se agrupaban sin orden entre sillas desvencijadas, caballetes y telas sucias ó descoloridas.

Y esta era la morada de uno de los artistas más afamados de Roma, cuya firma se pagaba en cientos de miles de liras. Mi amigo me observó que Piombino había nacido en aquel tugurio, que allí había pasado toda su vida y que no podía trabajar en otra parte.

Vinieron entonces á mi mente las palabras con que Cristina Rosetti, un alma meridional transplantada á las brumas del norte, contaba las singularidades de esos seres que viven en el país de sus ensueños, ajenos á la realidad y enamorados de un ideal inaccesible: "Es lejana é inabordable la tierra que habitan los

que aman la sombra más que la luz, más que el sol la luna, la serena tarde más que el medio día, y la pálida plata más que el oro brillante". Remoto, muy remoto debe ser el país que habitan, me decía yo, esos seres á quienes el esplendor de un ensueño logra hacer tan ajenos á la miseria del medio.

Por entre los huecos abiertos en las planchas mal juntas, rotas ó deterioradas, divisábamos el panorama de Roma ofreciéndose en dilatada y magnífica visión, en que alternan y se confunden las épocas próximas ó inciertas dentro de una complejidad profundamente armónica. El tiempo, al pasar sobre las ciudades antiguas ó sobre los viejos cuadros, imprime una suavidad que funde los tonos en cierta vaguedad indistinta, simbolizándonos la espiritualización de todos los elementos que actúan en la vida y que, á medida que pierden de su fuerza externa, se concentran en su esencia vital!

De pronto nos encontramos frente á un anciano que apareció sin hacer ruido. Era un hombre de aspecto débil, enfermizo, de barba blanca, muy larga, con un chambergó embutido hasta las cejas, dejando ver unos ojos apagados, cansados y tristes. Las manos se le estremecían, levemente sacudidas por un ligero temblor, y hablaba con mucha dificultad. Al descubrirse para saludar, me mostró una preciosa frente, en que se arremolineaban, en torbellino de nieve, sus cabellos engrifados al soplo de quién sabe qué huracán... su misma espaciosa y despejada frente parecía circundada de esa corona de melancolía que ciertas criaturas llevan como la marca de una superioridad oculta.

Nos acogió con suma afabilidad, admirado de que hubiéramos querido darnos la pena de subir hasta su oscuro rincón.

Yo sentía en aquel día mucho de común entre ese hombre decrepito, cansado y yo misma, entonces tan joven, tan soñadora y tan mal avenida con la realidad de las cosas que me rodeaban. Me parecía encontrarme frente á un viajero que volvía fatigado del país á donde yo me encaminaba tan llena de esperanzas.... Mi ardor de vivir se armonizaba tanto con su cansancio de eterno luchador del ideal lejano.... Las visiones gloriosas de la vieja Roma que habían acariciado sus pupilas por tantos años, le habían dejado la fatiga de los deslumbramientos prolongados; la pujanza de esa soberanía mundial que había llevado á sus telas, dejaban sin duda en su alma, precozmente invernal, la melancolía de su propia inestabilidad; y después de haber dado tanta vida al esplendor del pasado, se miraría quizás envejecer solitario en su rincón de taller, y comulgaría en el alma decadente de Roma, sintiendo la amargura de todas las cosas que mueren irrevocablemente y que sólo ese gran **magó** del arte prolonga más allá de nosotros, dejándonos perecer en el vacío.... Algo de todo eso había, sin duda, en el corazón de ese anciano lánguido, abatido, postrado en la eterna lucha del inaccesible ideal.... Toda esa tristeza impotente revelaban sus pupilas apagadas, sus movimientos indecisos, sus manos temblorosas.... ¡de obrero cansado á la caída de la tarde! Las sombras crepusculares invadían lentamente el taller y esa obscuridad creciente parecía darle un aspecto todavía más pobre.... Me parecía encontrarme en el revuelto enmarañamiento de los bastidores de un teatro, cuando termina la función y se apagan las últimas luces. Las armazones que quedan aglomeradas tienen no sé qué ironía de contraste con la ilusión que llevan en los ojos tantos alucinados con el brillo del espectáculo. Y la tarde caía con ese peso de tristezas inexpresadas, con esos lamentos comprimidos de las cosas moribundas.... Tiempo há que había enmudecido todas las campanas que en sus labios de bronce ó de acero murmuraron la salutación angélica, envolviendo la atmósfera en los efluvios de las plegarias, como una bandada de golondrinas que remonta el vuelo á otra región más benigna. Y Roma, cada vez más triste y más silenciosa, aparecía por entre las planchas rotas de la techumbre como la ciudad fantasma que muere siempre y que revive eternamente, imagen perfecta del alma, cuya

evolución simboliza en medio de las vicisitudes materiales. Todos nos callábamos, con ese silencio tan elocuente de las tardes tristes, silencio de lo irreparable que no tiene expresión!

Aquel anciano, sentado junto á nosotros en la penumbra indecisa del miserable rincón que constituía su universo, había visto morir meses antes á la compañera de los veinte años triunfales de su vida de artista. Era una joven napolitana, una de tantas Graziellas que immortalizó Lamartine y que Piombino conoció vendiendo flores en los peldaños de la **Trinidad del Monte**, en alguna de esas tardes serenas en que la iglesia, herida de lleno por los rayos del sol poniente, se alza como ostensorio dorado en una elevación suprema sobre su magnífica peana de escalinatas que le sirve de altar. En el cielo de Roma se producen esos momentos solemnes de adoración ó de plegaria en que el alma cristiana de los viejos tiempos parece prevalecer un instante sobre los poderosos elementos paganos que la constituyen. Y nada mejor que la Trinidad, irradiando la luz dorada del

que toda impresión lo paralizase. Durante toda la visita le fué imposible articular palabra. La reina debió sentirse alhagada por esta acogida silenciosa que denotaba una impresión tan honda, y le sonreiría quizás con una de las sonrisas más dulces, entre las muy bellas que poseía en su surtido. La reina Margarita no tiene una sonrisa estereotipada, sino una sonrisa viva que refleja los matices de su alma y que constituye por sí sola el más variado y el más elocuente de los lenguajes. Su sonrisa intensifica y caracteriza por sí sola toda su belleza romántica y delicada. Piombino, que era tan ageno á los honores y al dinero, fué profundamente sensible al honor que le dispensó la reina y éste era, de todos sus triunfos humanos, el único que se complacía en recordar! Aquella visita era también la última satisfacción de su vida de artista, condenada, como todas las vidas gloriosas ú oscuras, á apagarse en cualquier soledad—todavía muy dichosas si al resignarse á sucumbir se sienten con derechos adquiridos para continuar más allá.—



ocaso y levantando sus torres en el cielo, simboliza mejor ese holocausto de la vida transitoria hacia el misterio eterno!

A esa hora del alma, á esa hora de revelación infinita, parece coincidir la hora en que algo nuevo nace de nuestro corazón.... Esa joven encontrada así, al azar, sirvió á Piombino de modelo para representar el clásico tipo de la mujer romana, cuyas turgentes líneas poseía, y se quedó para siempre en aquel taller, á donde había llegado como un reflejo del golfo azul. Vivió veinte años al lado del artista, pero ella también se extinguió una tarde de otoño, pasando la primera entre las cosas que pasan y poniendo en los labios del viejo pintor la queja desolada del poeta: ¿qué es la gloria si no puede preservar á los que amamos?

Al preguntarle yo si vivía solo, Piombino me contestó tristemente que vivía solo desde poco tiempo. En la conversación nacen esas preguntas y esas respuestas sencillas, entre las cuales, como en ésta, se contiene el drama de toda una vida.... En vano, después, aumentó la demanda de sus obras; en vano obtuvo la medalla de París, esa consagración suprema del talento universal; ¡Piombino ya no era feliz! Sin embargo, por aquel taller solitario, por aquella techumbre ruin, donde nació, trabajó, amó é iba á morir, pasó como una última sonrisa de la vida la reina Margarita, en la plenitud de su belleza sana y radiante. La reina, esa reina tan amada de su pueblo, fué á visitarlo, y Piombino, al verle, enmudeció, víctima de esa enfermedad nerviosa que hacía

Ellos, sin duda, tienen más títulos que nosotros para decir: "En la fatiga encuentro mi descanso, en la pobreza mi riqueza, en la soledad he constituido mi nido; descubro mi bien en medio del mal y espero en el seno de la desesperación!"

Aquella tarde en el taller de Piombino dejó en mí una tristeza diferente de las tristezas mundanas, tristeza dulce como la de la naturaleza que muere segura de renacer, tristeza apacible y serena, como si todas las vidas que se han vivido lejos de las pasiones, lejos de las ambiciones mezquinas dejasen menos cuentas pendientes con el destino; ó acaso también como si esas vidas que en la miseria ó en la sombra han pugnado por el resplandecimiento de la "Belleza", tuviesen más derecho que otra cualquiera, aún de aquellas que se jactan de consagrarse al servicio de la humanidad, á esperar las reivindicaciones finales!

Y si el arte consiste, como ha dicho Ernest Hello, "en desprender la parte de divinidad que se encierra en toda creatura", hay sin duda en esas compensaciones futuras una gran razón de justicia, una gran lógica humana, pues no son las vidas que pretenden hacer mayor bien á sus semejantes las que logran realizarlo—sino otras más humildes—que nunca pretendieron ni redimir ni consolar, pero que en la porfiada lucha del ideal, lograron abrir á la humanidad horizontes que nunca divisaríamos sin transpasar el umbral de ese brillante y misterioso pórtico que llamamos Belleza!

LITERATURA FEMENINA

SE ha declarado el estado de guerra entre los escritores de ambos sexos, que se batan con coraje á ambos lados de las barricadas. Claro que se batan á golpe de pluma, y, no obstante, las heridas de los golpes que se cruzan suelen ser irremediables.

En algunos escritores de tan alto pensamiento como Schopenhauer el misoginismo ha revestido la violencia acometedora de un impulsivo. La pasión lo arrastró al extremo de negar talento á la mujer. Otros, como Barbey d'Aurevilly, apellidaron despectivamente á la escritora con el infamante dictado de *bas-bleu*, echándole en cara una mediocridad de espíritu y una inhabilidad artística que no responde verdaderamente á la realidad.

Como la Nora, de Ibsen, las mujeres han respondido á estos ataques con un movimiento de rebeldía, que pretende ser de liberación. La pretendida inferioridad no es cierta. En todos los tiempos, lo mismo allende los siglos, que en la edad contemporánea, han surgido en el mundo femenino individualidades literarias de un extraordinario relieve. Algunos nombres aislados de mujer, sobreponiéndose á los mediocres de sus coetáneos, han llenado un ciclo entero en la historia de las letras de los países respectivos. Y aún en la competencia con artistas masculinos de renombre perdurable han sostenido brillantemente las escritoras sus puestos de honor en las primeras filas. Basta citar el nombre de Jorge Sand, en Francia, y el de Jorge Elliot, en Inglaterra.

A la hora presente, la literatura femenina puede presentar unas cuantas figuras de escritoras de primer orden. Pero la característica de la literatura femenina de los tiempos actuales no está en esas excepciones, en la superioridad mental y en la plenitud artística de esas cuantas figuras sobresalientes, por legítimo derecho. Lo característico es la extensión que modernamente ha alcanzado la literatura feminista.

Son muchas las escritoras en la actualidad, constituyen legión infinita. Han formado una literatura aparte y con carácter propio, como si la obra suya la hubiesen desglosado á intento de las modalidades de la literatura general. Han conservado los moldes, porque éstos no pueden cambiarse; pero á la lírica, á la novela, á la dramaturgia, al mismo periodismo, han llevado un espíritu rebelde y netamente femenino. La mujer, por este medio, se ha liberado, por lo menos, en las letras. Ella, como la Aurora Leigh del poema de Elisabeth Browning, ha dicho en un ímpetu de orgullo: "Mi alma no está forzada á mendigar.... Yo puedo, al menos, vivir la vida de mi alma, sin las limosnas de los hombres".

Y la mujer se ha lanzado á la batalla, ansiosa de liberarse, de crearse en las letras, como en la sociedad y en la vida, una personalidad independiente, surgiendo esta cruzada feminista, que dará tono á las luchas de nuestro siglo. Ha renunciado á los ajenos andadores, segura de hallar fuerzas en sí misma para reivindicar su liberación y también para imponerse.

El movimiento feminista en la literatura, que tanto vuelo ha alcanzado, débese á que esa ansia de liberación y ese ardor de lucha se han generalizado, porque la extensión y la intensidad de la cultura en la edad contemporánea ha llegado también á la mujer. A este aumento de la cultura ha respondido el número extraordinario de escritoras que actualmente cultivan las letras. No es un caso de histerismo literario que ha surgido como una moda de buen tono: es, por el contrario, una necesidad espiritual que han impuesto los ideales de los tiempos nuevos. Es un fenómeno social, con orígenes bien conocidos y con alcances que ya claramente se vislumbran. Trátase de una completa emancipación.

¿Qué piensa, qué siente, qué busca la mujer moderna? Si en la literatura se ha encarnado plenamente su psicología; si á las páginas escritas ha llevado la visión de sus sueños, el ímpetu de sus caríños, la inquietud de sus ansias, el ardor de sus atormentadas aspiraciones; si ha volcado todo entero su interior en los versos líricos de un subjetivismo enardecido; si en la novela ha dado á las heroínas el temple de su espíritu y el calor de su propio corazón; si toda su vida se ha transformado, caliente y sangrando, con la intensidad de pasión del momento; si en esa literatura está ella en su plena existencia, necesario es desentrañar el ideal femenino de esas páginas difusas, heterogéneas, dictadas por tantas plumas militantes y de distintos puntos en que combaten. De la multiforme labor común, á través de tan complejas manifestaciones, ¿puede deducirse el ideal colectivo? Yo creo que sí. Hay una nota dominante, que se repite con isocronía característica. Se vislumbra á lo largo de esa inmensa producción femenina algo como un espíritu rectilíneo. Las aspiraciones van por muchos cauces; pero todas se encaminan á un ideal único, todas las almas parecen fundirse en el cuño de una sola psicología.

Al primer breve análisis descúbrese una tendencia dominante: la lucha contra el hombre. Ya éste ha dejado de ser el compañero por quien se suspira, para convertirse en el enemigo con quien se batalla. Ya la hermana Ana de la melancólica canción no espera, sola y triste, sondeando con ojos de llanto la desierta lejanía y el camino solitario, la llegada del que nunca viene.

La mujer siente ahora acosos de combate y sueña con la conquista. Ha perdido la debilidad, que era su encanto, y se siente fuerte como una *walkyria*. Esta nueva fortaleza la ha desnaturalizado. Ya no sabe llorar, y acaso ni siquiera se acuerda de

cómo se ríe. Aunque no llora, está triste. Su tristeza es más honda y más irremediable, porque arranca de un cruel desencanto de la vida.

Perdidas, marchitas sus viejas ilusiones de antaño, las pobres ambiciones con que las ha sustituido, si han ensanchado su inteligencia, han marchitado dolorosamente su corazón, que ahora lo siente palpar dentro, como una cuna vacía.

El rencor contra el hombre, de quien se consideró esclava en otro tiempo y contra quien se levanta colérica, ha matado en ella los sueños y la ilusión. Esfuérzase en pintar al hombre bajo las trazas más odiosas, y así, ¿cómo podrá buscarlo anhelante y amarlo con esa sed de amar, con ese amor ciego que todo lo olvida y todo lo perdona? Hasta la misma grandeza del hombre es repulsiva á través de los prejuicios femeninos. El sabio, es ridículo; el ambicioso, torpe; el sentimental, grotesco; el apasionado, un monstruo; el autoritario, un déspota; el blando de carácter, indigno. Esa es la galería de retratos de hombres que exhibe la novela femenina. La nueva generación de escritoras, respondiendo al espíritu de rencor que anima la campaña contra lo que pudiéramos llamar su irredentismo, ha rebajado mucho la talla del hombre. Sobre todo, lo ha hecho odioso y despreciable á la mujer.

Pero en la novela femenina los tipos de mujer, ¿cómo están tratados? Casi todas son heroínas del dolor. Abundan las "sacrificadas". No parece sino que la vida no les ofrece encanto alguno, y que solamente el sufrimiento es su eterno compañero. La resignación ha dejado de ser la gran virtud femenina. Sufrir por amor, que es más que amar, ya no es el admirable heroísmo de la mujer, que antes diera al mundo tantas figuras sin par en la vida y en las letras.

Ahora la gran virtud estriba en la rebeldía y en el valor para afrontar la lucha desigual. No es heroína la que se resigna sollozando su pena y su cariño, lastimados de ovido, sino la que se yergue, trémula y desafiadora, retando á la sociedad y hasta á su propio destino.

Todo ello ha traído un cambio radical en el modo de concebir y de aceptar los deberes. Los ídolos antiguos han desaparecido para el culto de los devotos, que hemos sido siempre unos pobres sentimentales, ó unos exaltados con locura romántica. La mujer que escondía sus sueños y sus ilusiones en el fondo de la casa familiar, esperando años y años, envejeciendo tal vez en espera del *Lohengrin* que viniese á ofrecerla nada más que un poco de amor, no es ya casi de nuestros días. Por lo menos, la literatura femenina no nos la muestra como un ejemplo. La madre, orgullosa de su maternidad, que concretaba su vida á los hijos, con vulgaridad doméstica tan encantadora—acaso el único y más grande encanto de la humana existencia,—y cuya ciencia se reducía á saber cuidar la debilidad infantil, creando seres y moldeando espíritus, y cuyo arte no pasaba de unas cuantas melancólicas canciones de cuna, en las que quizás lograba expresar una cantidad de ternura y de cariño que no expresó nunca el más excelso poeta de la tierra en todos los países y en todos los tiempos, es á la hora actual una antiqualla, reminiscencia de una edad de hierro, de servidumbre y prosaismo para la mujer.

Ahora los días son de lucha, y, por lo que respecta á la emancipación de la mujer, estamos en pleno ciclo heroico.

Y ¡qué desolación más triste! De la literatura femenina ha sido desterrado el eterno é insustituible encanto de los niños. A través de tantas páginas novelescas como han producido las escritoras contemporáneas, no oireis sonar ni el cálido llanto, ni la fresca risa de un alma infantil. Bien puede comprenderse la tristeza que correrá por ellas, la misma que se advierte en un hogar donde no hay niños, donde hay un no sé qué, un misterioso aire especial que nos prensa el corazón hasta la angustia.

¡Y esa lírica! Asomándose á los versos de muchas poetizas á la moderna, sentimos como si hasta el fondo del alma nos llegara el soplo de un viento ásperamente frío. Son almas complicadas, pero sin interés. Sus sentimientos, frívolos, livianos, no nos conmueven. Sus sueños nos parecen tan pequeños y sus ilusiones tan áridas, que nos sentimos de ellos acaso distanciados para siempre. Y esta disociación que ahora sobreviene; esta ruptura de los viejos lazos que nos unían y que por fortaleza espiritual nos parecían eternos, poniendo frente á frente á hombres y mujeres, separados en bandos enemigos y riñendo á golpes incansables y redoblados, de pluma, creo que á la postre redundará en perjuicio de la mujer. Nosotros la habíamos concebido más grande. Su debilidad nos pareció siempre más imponente y más dominadora que nuestra propia fuerza. Ella fué nuestra sierva, si así lo quieren; pero nosotros fuimos sus esclavos. Ni á ella le dolió la servidumbre, porque supo ser heroína ó santa, ni á nosotros nos fatigó la esclavitud, porque, en nuestra humillación, supimos ser filósofos ó poetas.

Esta transmutación de sentimientos, cambiándose los valores morales, no fué nunca obra de cálculo, sino expresión espontánea. Fué sencillamente un milagro de amor.

Yo prefiero la literatura femenina, pero escrita por los hombres. Al menos, nosotros supimos crear madres que arrullaran con canciones de cuna los niños, y en los labios de una virgen no acertamos nunca á poner más que suspiros, y en sus ojos una niebla de lágrimas. Pero detrás de todo ello, ¡qué aliento de vida, qué desbordamiento de cariño, y cuánto calor de corazón!

ANGEL GUERRA



223

PARIS. — Église Notre-Dame

X. Phot.

Nuestra Señora de París

Algo sobre Arquitectura

La Arquitectura es una ciencia compuesta de muchas doctrinas con la cual se forma un cable y completo juicio de las obras de todas las artes.

MARCUS VITRUVIUS P.

EL hombre desde su aparición sobre la tierra comprendió inmediatamente la doble necesidad de crear un abrigo contra las inclemencias de la atmósfera y un refugio de los peligros que lo rodeaban. Desde esa época lejana hasta nuestros días, el sistema de construcción ha sufrido muchas transformaciones, el medio de vida ha cambiado; pero, antes como ahora, la Arquitectura fué y es y será la más importante de las Bellas Artes.

La Arquitectura es el único arte que responde á las necesidades, ya materiales, ya morales, que la civilización crea; la historia, el carácter, las costumbres de un pueblo se leen en sus edificios.

La contemplación de un edificio, como to-

da obra de arte, debe contribuir á la salud moral, poder y placer del hombre, y, para obtener esto, ese edificio debe poseer y mostrar la belleza.

La belleza arquitectónica la obtenemos armonizando el fondo y la forma, es decir, la idea y su exteriorización. El fondo es constituido por el objeto á que se dedica la construcción, conformándose con las necesidades morales y materiales que la civilización crea. La forma está tomada de la naturaleza, no imitándola, sino guiándose por sus leyes, dando forma geométrica á los elementos que nos proporciona. En una palabra, la conveniencia y la solidez sirven de base á la belleza.

La belleza en Arquitectura reclama la verdad, es decir, que el efecto producido por una obra no engañe al espectador; toda imitación es contraria á ella, no admite el mentir de los materiales: tenemos que tomar en cuenta que la Arquitectura es una decoración que se construye y no una

construcción que se decora. Todo miembro arquitectónico (columna, pilastra, molduras, etc.,) debe desempeñar una función apropiada, no debemos colocarlo donde no se necesita.

El estilo de un país, de una época, lo determinan: la constitución de un pueblo, las costumbres, la fé religiosa, el clima y la naturaleza de los materiales empleados. Adoptar estilos de otros países de diferente clima, costumbres, etc., ó de épocas cuyo modo de vivir ha sido diferente al nuestro, es un contrasentido.

Ya que hemos hablado sobre Arquitectura en general, digamos algo sobre la Arquitectura en Chile.

Comenzaré por decir que nosotros vejamos á la madre de todas las bellas artes, que la degradamos. Aquí se confunde al constructor con el arquitecto, se cree que basta saber construir para proyectar un edificio.

¿Y cuál ha sido el resultado de esta igno-



3101

PARIS. — La Sainte Chapelle, XIII^e Siècle.

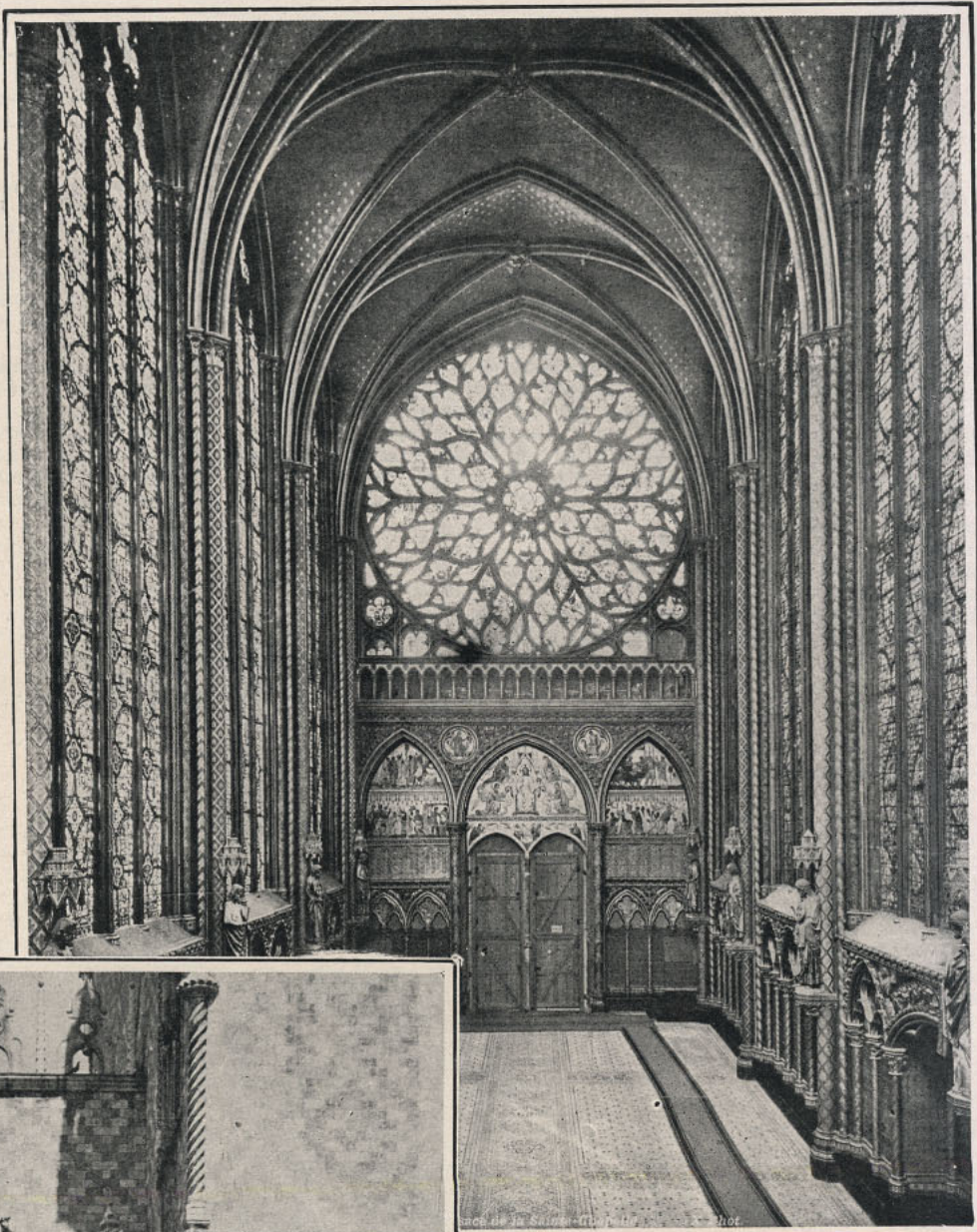
Phot

ALGO SOBRE ARQUITECTURA

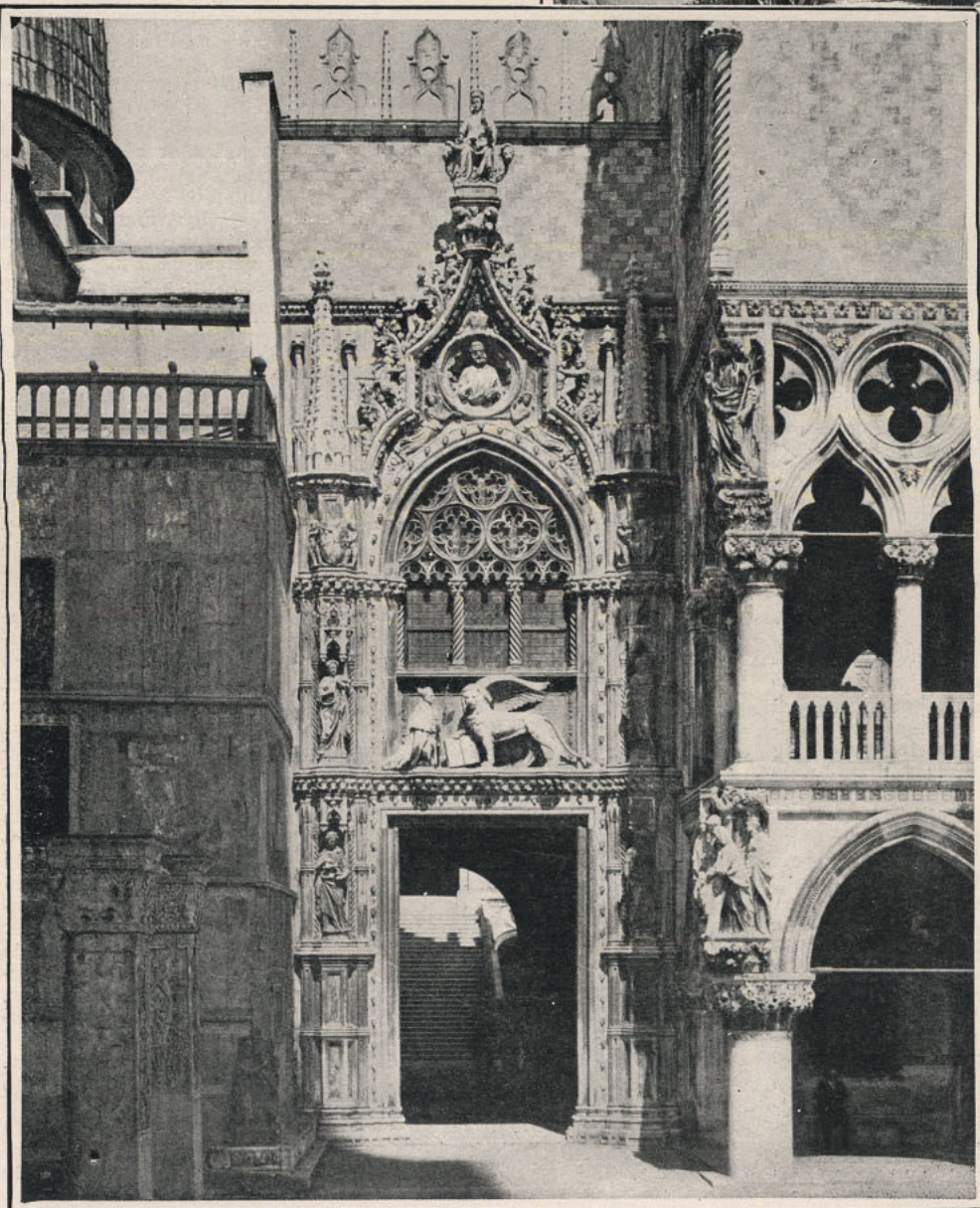
PARIS.—La Santa Capilla, siglo XIII

rancia? Pues nos basta contemplar cualquiera de nuestras construcciones: imitamos la piedra con el estuco; exornamos los edificios con miembros que no desempeñan función alguna; recargamos las fachadas con adornos de yeso; copiamos mal, estilos de épocas de decadencia (estilo Luis XV, por ejemplo), y formas á propósito para climas diferentes al nuestro; y no contentos con construir nuevos edificios en esta forma, vejamos los majestuosos edificios antiguos transformándolos en verdaderos depósitos de adornos de mal gusto, quitándoles todo el carácter propio al objeto que han sido destinados.

¿A qué se debe esta horrenda aberración? Pues, no hay necesidad de pensarlo: á la confusión á que he aludido más arriba del constructor con el arquitecto y principalmente á la ignorancia y mal gusto de aquellos que mandan construir; al arquitecto le falta energía de carácter para imponer sus buenas ideas, se deja guiar por los gustos de los que lo emplean y éstos exigen baratura y ostentación, gran lujo de adornos; y no comprenden que una pobreza confesada es tan noble como de baja es una riqueza falsa; dejemos nuestros



París.—Interior de la Santa Capilla



Venecia.—Palacio Ducal

muros como una tabla lisa, ó construyámoslos de barro amasado y paja picada si hay necesidad, pero no los cubramos con falsedades.

Un espíritu de sacrificio ennoblece al arte. Todas las obras que nos han legado los antiguos han sido construídas con empeño; tanto arquitecto como operario han hecho lo posible: podrá ser trabajo de niños, de bárbaros ó de rústicos, pero siempre es lo más que han podido hacer dentro de sus fuerzas y de sus medios. En nuestro trabajo se deja entrever el valor del dinero y una sumisión perezosa á condiciones bajas, nunca una franca demostración de nuestras fuerzas.

Dejemos á un lado esta clase de trabajo, huyamos de la tentación de volver á él, no nos degrademos voluntariamente; confesemos nuestra pobreza ó nuestra parsimonia, pero no calumniemos á nuestro humano entendimiento; hagamos poco, pero bueno.

Cuando el arquitecto entre por este camino, que trabaje con desinterés y con amor al arte que profesa: ese será el día que entraremos por la senda del bien, que conduce al engrandecimiento de un país.

Guillermo Blest Gana

HE terminado de leer el libro. Cierro la página postrera del volumen enorme y tosco, y en su canto afirmo el retrato, el último, del poeta á quien me he dado por un momento largo y silencioso. Miro su faz tranquila, de amplia frente desnuda, de cabellos y bigotes blancos, y dejo que su mirada clara, me lo indica la transparencia que apenas si colorea el iris de sus ojos, caiga hasta el fondo de mi alma, suya, enteramente suya todavía... Siento reflejarse en mí las palideces soñadoras de su rostro, como se reflejan las blancuras de un nenúfar en la profundidad de las aguas cristalinas. Estoy en un dulce reposo transparente. Pero, poco á poco, en mi silencio interior, siento la vuelta de mí mismo como una leve marea moral que asciende. La imagen del poeta se desvanece y en los planos sucesivos de mi conciencia sólo quedan los recuerdos de la lectura, los recuerdos que, por unas más ó menos misteriosas omisiones electivas, se reducen á lo más característico de la obra del poeta. La lucha dura todavía un instante; pero... ya soy yo, enteramente yo! Vuelvo á tomar el libro, reviso las anotaciones marginales de la primera lectura total y hallo señalados, aquí, un lamento, nacido de lo íntimo, del fondo mismo de donde viene el llanto; más allá, un trozo descriptivo, airoso, de una frescura de acuarela y, junto á este trozo, y más atrás y más adelante, un sinnúmero de versos débiles, exangües, repudiados por un gesto de mi lápiz rojo!

1

Seguir la obra de un artista de tan admirable tenuidad sentimental como Guillermo Blest Gana, es uno de los bellos momentos que puede tener la atención estética de quien estudie el desarrollo de la poesía chilena.

Blest Gana es romántico. Las ondas superficiales de su espíritu pudieron tener estas ó aquellas desviaciones; pero el fondo de él no cesó de deslizarse en una lenta y amplia dirección romántica. Ante su obra, que fué intensa y copiosa, el lector se pregunta: ¿cómo desde el primer aleteo hasta el último desmayo del ala senecta, pudo este lírico seguir fascinando la fugacidad unicolor de un mismo ensueño? ¿No sintieron sus oídos de la continuidad de un ritmo emocional único, terminaría por hacerlo tan monótono como el silencio? ¿Qué elementos íntimos ó de medio ambiente le impidieron transformarse para no caer, como cayó, en lo que se ha llamado el tercer período de vida de un artista, la imitación de sí mismo?

Blest Gana era un temperamento delicado, melancólico y de una sensibilidad extrema. Dos motivos dolorosos, la muerte de su hermana, primero, y la de su madre, después, barrieron como soplo de tempestad sus débiles florecimientos de energía juvenil. Habría necesitado ser vigoroso para sobreponerse á la acción anodadora de esas desgracias, y ya hemos dicho que era un delicado melancólico. El frío estremecimiento con que lo sacudieron esas dos angustias íntimas no apagó nunca en el poeta su resonancia sombría. Lo sintió hasta en los últimos versos de sus últimos años.

Pero, á pesar de esto, la obra de Blest Gana no habría sido tan lánguida, tan zahumada de melancolía, si el ambiente literario de su época hubiera sido otro, si no hubiera estado lleno también de melancolías románticas. Además, Blest Gana no vivió en el reposo, con el ocio helénico indispensable para el artista: llevó una vida un tanto intranquila, de aquí para allá, en varios puestos de la administración pública. Cada una de estas

ocupaciones le demandó estudios diversos. ¿Sería esta falta de reposo lo que le impidió laborar su obra con la febril intensidad del artista insaciado que trata de superarse, de libertarse de los propios elementos contradictorios, para llegar gloriosamente al fin perseguido con dolorosa fruición? Nó; melancólico y triste, no tomó, no pudo tomar en su medio ambiente literario sino lo que se armonizaba con su temperamento. Su tristeza halló, pues, una dulce consanguinidad moral con los poetas que en esos años, de 1850 á 1870, llenaban el mundo de melancolías, amargas y escépticas en Leopardi, románticas y religiosas en Lamartine.

Blest Gana empezó á decir su mal en ritmos sencillos, casi ingenuos. Era una brisa lastimera. Su mirada de artista no profundizaba sus emociones: parecía flotar sobre la periferia de su yo; pero luego su voz se hizo intensa é intentó dar la visión de

la obscuridad central de su alma, mas, de un modo tan vago, por amplio, que el efecto perseguido se le escapó. No es una tristeza más sombría, más amarga, con movimientos de rebelión desesperada y augusta, sino la misma tristeza inicial, la de sus primeros versos. Fué sólo su voz la que ganó en fuerza expresiva, la que luchó por hacernos sentir una desesperanza infinita que vemos en el gesto, en la actitud del poeta, pero nó en su emoción.

La tristeza debe tener su orgullo. Es preciso que el motivo que la genere sea digno de obscurecer un corazón. Los estados depresivos ó vigorizadores de la vida no deben estimarse en sí mismos sino en la idea que los hace nacer. La tristeza de los primeros cantos de Blest Gana es sincera y justa; pero la de los siguientes, no de todos, naturalmente, es suscitada á veces por inanidades. Sus versos nos parecen entonces un tanto pueriles y su acento es una lánguida monotonía gris.

La amplitud en el desarrollo de un mismo estado emocional es admisible y aún admirable en un lírico de ágil vuelo verbal, porque nos seduce con las modulaciones del tema inicial, nos parece que varía porque lo vemos bajar y subir embriagándose en los ángulos y las elipses de su propio vuelo, como la alondra shelleyana que sube embriagándose en su propio cantar. Pero Blest Gana no varía: amplifica. La tonalidad de su acento es una: melódica y triste. No conoció sino esta pura, lenta y elegante línea musical. Además, como artista sincero, no habría podido cambiar de acento sin desnaturalizarse: Blest Gana tenía ante sí un mismo é invariable grupo de ideas. Siendo la visión una, una tenía que ser la expresión. Ante esas cuantas ideas, el poeta estaba inmóvil. Pareció mirirlas en perspectiva, sin aproximarse, sin intentar escalarlas. El encadenamiento de las ideas se parece al encadenamiento de las montañas. Es necesario llegar á una cumbre para ver tras ellas otras, casi siempre más altas.

Blest Gana las miró desde la llanura. Ni siquiera cambió de punto de vista: no se acercó ni se alejó. Aunque sus temas predilectos, el amor y la muerte, hubieran permanecido los únicos, si él se hubiese procurado un movimiento intensificador ó amplificador de su estado de alma, esa ligera modificación de su visual le habría hecho cambiar de luz y ver otros aspectos, otras coloraciones de esos motivos líricos. Pero no lo hizo sino en dos ó tres composiciones, entre ellas, en "El primer beso".

En la invariabilidad de su modo de ver entró seguramente la imposición de lo bello poético consagrado entonces. Las corrientes del pesimismo sentimental que ensombrecían las páginas de



Don Guillermo Blest Gana

todos los libros románticos—aún no moría el lamento de René—llegaban hasta nosotros con todas sus seductoras melancolías. Sería un análisis interesante y fino separar de la obra de Blest Gana los elementos de tristeza que corresponden al poeta mismo, de los que corresponden a la influencia literaria de su época. Nos reduciríamos a exponer que Blest Gana se despreocupó de la parte filosófica, de la sistematizadora del dolor como alma del mundo, y sólo admitió la coherente con su estado espiritual, no de duda y rebelión, sino la resignada angustia, que le hacía ver todo como al través de una lágrima.

II

Dentro de su romanticismo, ¿qué orientaciones predilectas tuvo el poeta? ¿qué temas detuvieron con más intensidad la serena mirada de sus ojos soñadores? Lo hemos dicho hace un instante: el amor y la muerte.

Blest Gana pareció decirse, modificando el entimema cartesiano: amo, luego existo. Pero su amor era una especie de eterización del sentimiento erótico. Las constantes recordaciones dolorosas de los motivos que entristecieron sus primeros años, le suscitaban una laxitud renunciatoria de todo impulso amoroso, activo, digamos; de toda manifestación del instinto sagrado... Su emoción es tan pura que parece evaporarse en un effluvio de religiosidad. No que Blest Gana por esto haya sido un precursor de las modernísimas aliações de misticismo y sensualismo. Sus versos eróticos tienen unción religiosa, pero no voluptuosa. Son, seguramente, nacidos más de su admiración por la belleza en sus impalpabilidades virginales, que en sus plasticidades sugerentes del vértigo. La genealogía de su modalidad erótica sube a Petrarca. Blest Gana pudo decir lo que dijo este su abuelo lírico, refiriéndose a la bella que, vestida de violeta y verde, paseaba el oro de sus cabellos bajo las moreras de Vaucluse, que no hubo

Senza onestá mai cose belle e care!

Este idealismo soñador de su sentir amoroso contribuye un tanto a la monotonía de su obra. Lo manifiesta desde sus primeros a sus últimos versos; ¡y tened en cuenta que escribió dos volúmenes enormes! Después de centenares de cantos acordados así, a un purismo lánguido, la unisonancia de la voz insensibiliza al lector: ya no sentimos. Deseamos, por el contrario, un rasgo vigoroso, enardecido. Pedimos un movimiento pasional más vivo, algo que nos dé, que nos sugiera la agitación misma de la sangre del poeta, que nos galvanice en fervorosas sinceridades; pero en vano: Blest Gana, en su pureza, llega a odiar el placer.

*Buscad otro placer, otra alegría,
un manantial que menos barro tenga;
algo que hable del cielo,
y encontrarás la fiel melancolía,
que tal vez nuestro espíritu detenga
en su incesante anhelo.*

Notad el desmayo de esta voz que prefiere la melancolía al placer... En esta actitud de renunciamento a la vida sana, potente y creadora, Blest Gana se delinea ante nosotros en el fondo de su obra.

¿Era esto una resultante de su sensibilidad enferma por el sólo roce de los sueños?

La sensibilidad va siendo, en poesía, un elemento superior a la imaginación. Los versos gloriosos, separadamente de los que llevan una idea, gloriosos de toda eternidad, son hoy los cristalizadores de las agudezas emocionales que se pierden en lo inverosímil. Blest Gana es sutil, pero lánguido, de una inmovilidad casi mística. A veces las visiones que nos sugiere son tan pálidas y eterizadas que las vemos flotar ante nuestros ojos como las blancas figuras de esos frescos beatíficos que vela de cenicienta luz lunar el neo-primitivismo de Puvis de Chavanne.

¿Qué de bellezas nos habría dado este poeta si su sensibilidad, afinada y vibrante, hubiera sido agitada por un soplo de amor tempestuoso y, arrebatado por el vértigo, hubiese dejado flotar los anhelos de su corazón en versos febriles, llameantes, con algo del desgremamiento luminoso de las llamas!

III

¿Habría podido el poeta sentir el amor en su potencia de alegría? No. La idea de la muerte crepusculizaba su espíritu.

Casi todos los versos de Blest Gana, reveladores de una emoción cierta, están envueltos en una sombra vaga y triste. Los tonos que van del gris al negro parecen ser toda su gama de colorista. Cuando usa otras tonalidades, cuando llega hasta las calideces del amarillo y el rojo, se nota en los versos un no sé qué de ficticio, no se ve en ellos el toque directo de la emoción. No todos los colores que se emplean se sienten, ni todas las palabras. La melancolía del poeta era irreducible. Aún los versos en que nos da un grupo de flores, para que respiremos aromas y frescuras, parecen velados de tristeza, como si nos las ofreciera a la luz de una tarde moribunda.

Los recuerdos dolorosos de que ya hemos hablado, la muerte de su hermana y de su madre, infiltraron en Blest Gana una corriente fría que mantuvo latente la sensación primera. A la menor sollicitación de la sombra, su pensamiento se paralizaba. Esto le impidió variar las representaciones que de esos momentos nos dan sus versos. Anonadado, no podía distinguir si la idea fatídica al volver se presentaba con diversos caracteres, si despertaba

en su sensibilidad estremecimientos no conocidos y que le sugirieran una manifestación artística diversa de las anteriores. Esto nos explicaría por qué Blest Gana vió la muerte de un mismo modo, el más trivial, el que la muestra inflexible a las súplicas como nos la mostrara ya uno de los himnos órficos.

Quedarse ante la muerte en el lamento, en la esperanza de volver a ver los seresidos y repetir esto interminablemente, tiene apenas unos cuantos matices diversificadores, es, en un poeta del talento y cultura de Blest Gana, un indicio de inexcusable flojedad mental, es demostrar que sólo se ama el vuelo bajo, el vuelo por los aires aromados de tierra.

¿Qué lejos está Blest Gana del moderno pensador estoico que ve en la muerte un privilegio del hombre sobre la naturaleza! La naturaleza no sufre, por eso puede ser eterna. Sus alegrías y sus tristezas no son alegrías y tristezas sino en nosotros. Son nuestras las risas que ríe; nuestras las lágrimas que llora. Ella es indiferente. Sólo los que hemos conocido el dolor podemos morir. Después de habernos sumido en el mar de la vida hasta palpar su fondo y haber vuelto a la luz con un puñado de arena en la mano, podemos morir. Es un triunfo que nos corona de adormideras. ¡Ah, sí! libertar nuestra conciencia del encadenamiento pavoroso de la materia, desprendernos para siempre de sus enlazamientos y desenlazamientos luminosos y errantes, es una victoria, y tal vez el hombre, después de todas sus luchas, no alcance nada más digno ni más augusto que esta victoria sombría!

IV

El subjetivismo de Blest Gana lo hizo entornar, si no cerrar, los ojos a las bellezas del mundo exterior. Así se dibujarían mejor sus pálidas visiones espirituales, sugeridas en su mayor parte por recuerdos persistentes y dolorosos. El recuerdo es una descolorida supervivencia del pasado y si a esto se agrega que los recuerdos de Blest Gana son de momentos del espíritu y no de momentos de la tierra, efectos de luz, paisajes, comprenderemos la vaguedad dulce y soñadora en que sus versos flotan y se esfuman.

A veces empieza a esbozar los puntos principales de un paisaje; nos da un centro, el primero o el último plano como indicaciones de perspectiva; pero luego se detiene y su irrefrenable subjetivismo lo lleva definitivamente a las regiones morales. Vivía en una constante evaporación de ensueños puros y blancos. Eran el aroma de su naturaleza delicada, casi floral.

Con todo, Blest Gana no era un artista de gabinete, de esos que sólo conocen la tierra por las iluminaciones multicolores de los libros de historia natural. Vivió un lapso no corto de su vida en regiones deslumbradoras, en la parte austral del país. El misterio de las selvas araucanas, el sueño de los lagos que exalan vuelos de garzas, la línea de la cordillera que corre plegándose y desplegándose en silenciosa melodía de nieve, debieron darle imborrables visiones de hermosura. Algo de ello hay en sus versos; pero no con intensidad y firmeza. Blest Gana desdeñó, sobre todo en sus primeros versos, que son muchos, la naturaleza; la dejó jugar en el cristal de sus ojos entornados por el recuerdo meditativo, pero no le permitió que tamizara sobre su sensibilidad sino uno que otro temblor de sus entonaciones luminosas.

En lo que podríamos llamar su fragmentarismo pictórico, se nota la imposición de la forma clásica, el paisaje sencillo, triste, de largas pinceladas ingenuas, y a veces con el indispensable y puntiagudo campanario al fondo. Sus paisajes no valen por sí mismos, sino como un acompañamiento de los temas líricos.

Blest Gana tiene también poemas descriptivos, regionales; pero en ellos no está él, está su arte: su agilidad de ritmador y su pureza lingüística, pero no las cualidades de sensibilidad aguda y melancólica que modelan el relieve individualizador de su fisonomía moral. Al revés de la mayoría de los poetas, que van a la naturaleza como a una fontana de inspiración, a beber la frescura de sus murmullos o a quemarse en las brasas de sus rosas, Blest Gana la miró con desdén, con oblicua mirada de abstraído en el desdoblamiento ascendente de sus sueños íntimos.

Tal vez su hábito de reflexión rememorativa hipertrofió sus facultades autoinquisitivas en desmedro de las facultades de recepción y, por consecuencia, de representación. Mas, la verdad tal vez sea que el poeta prescindió de la naturaleza porque la sabía indiferente al bien y al mal, porque sabía que si hay instantes en que parece ensayar un gesto de dolor, son instantes ilusorios y no verdaderos estremecimientos sombríos que turben la quietud de sus insensibilidades esplendorosas.

*Se que natura é sorda
que miserar non sá.*

había dicho su maestro, el conde Jacobo Leopardi.

Sin embargo, para Blest Gana, en la naturaleza estaba el amor, latente como una esencia de vida. Es su soplo sagrado el que la anima y la enciende. Habría creído, como en el soneto de Rücker, que el cielo azul es una carta misteriosa, sellada con el nema del sol, pero que, cuando este nema se desprende, los poetas pueden leer en las páginas de la sombra nocturna la palabra celeste "amor", escrita con temblorosos caracteres de oro.

V

Después de algunos años de lirismo triste y adélfico, Blest Gana sintió la necesidad de variar. Era necesario transformarse.

El poeta notó el lánguido y alicaído andar de muchas de sus estrofas. Su versificación era demasiado sencilla, si no descuidada. Carecía de la ascendente y descendente continuidad ondulatoria que debe seguir al movimiento anímico. Pero este, en Blest Gana, era de muy pocas variaciones. Se puede decir que no varía. Es un solo y único estado de tristeza y de melancolía soñadora. Para modificarse, sin salir de su modo de ser artístico, tenía dos medios: intensificar su tristeza hasta el pesimismo, hasta las negaciones dogmáticas del bien, hasta darse á sí mismo un concepto metafísico de la vida, inspirado en desesperanzas dolorosas, ó abandonar definitivamente la tristeza, huir de sus recuerdos sombríos y detener sus ojos sólo en los momentos plácidos y luminosos que hubiera vivido su pensamiento, su sensibilidad ó su corazón.

Su delicado instinto de poeta lo llevó por la senda sonriente. Llegó á satirizar él mismo á esos byron de quince años que se lamentan de la vida antes de conocer sus amarguras. El poeta despejó el ceño, y como un ave que huye de la noche, voló hacia los recuerdos aurales.

Estas composiciones serán, tal vez, las que salven su nombre del olvido. Ellas no se esfuerzan por hacernos sentir estados más

ó menos ficticios de renunciación á las sanas alegrías de la vida, sino que extienden ante nosotros una serie de momentos idílicos, vividos á la luz de un espíritu que despunta... Hay en ellos candor. Si tenemos cualidades que nos alejan de la tierra, que nos elevan diluyéndonos en una atmósfera de idealidad pura, el candor es lo que nos lleva más cerca de la naturaleza, lo que nos hace vivir casi con la inconsciente pureza con que las flores aroman. Es la noche de nuestros instintos amorosos que suelen tener aurora en un tímido lampo de rubor.

Estas levedades de primavera las cantó Blest Gana en versos temblorosos de frescura, tejidos con el vocablo que es brisa y con el vocablo que es aroma. Nunca la lírica chilena había alcanzado mayor sutilidad.

Sí; estas composiciones salvarán al poeta. Son pocas, pero sobran para su gloria. Algunas de ellas son apenas un soneto, un soneto leve y sencillo; pero que nos presenta, envuelta en su ligero ramaje verbal, una visión blanca y pura como la corola de un lirio; y otras son composiciones libres, en que flota su idealismo de soñador selenita y nos hacen sentir el silencio de esas noches claras que el poeta esperaba para soltar las perlas de sus trinos sobre los valles escarchados de luna!

MIGUEL LUIS ROCUANT

José Enrique Rodó

LA crítica literaria americana no ha sido ejercida por nadie con mayor sutilidad analítica ni con mayor amplitud mental que por este erudito escritor uruguayo.

Sus estudios son fundamentales. Desde sus primeros trabajos, publicados en la "Revista Nacional", de Montevideo, de la cual eran redactores Víctor Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, se dió á conocer Rodó como un grande escritor, como un escritor de pensamiento y de maravillosa forma artística. Algún tiempo después, dió á luz en el periódico "La Nación" un ensayo sobre la novela moderna, ensayo que lo consagró definitivamente como erudito y artista. Rodó, a pesar de sus largos y bien meditados estudios de filosofía, no ha perdido la frescura de su temperamento de poeta que se revela en sus frases, en sus ideas y en sus alegorías, siempre hermosas y musicalmente delineadas.

Estas condiciones de belleza formal es uno de los más seductores encantos de su libro "Ariel", ya célebre, y de su última obra "Motivos de Proteo" que es sin duda un esfuerzo genial, uno de esos libros que aparecen sólo de cuando en cuando y que son como el resumen de las aspiraciones, de las idealidades de una época.

El vigoroso estilista, señor Amadeo Almada, en su magnífica conferencia dada en Montevideo sobre este último libro de Rodó, dice: "¿Qué es este libro? ¿De qué nos habla? ¿Es un tratado de las vocaciones humanas? ¿Es sólo un himno de insuperable belleza á la fuerza de voluntad omnipotente? Detengámonos. Como empezais, sin duda, á vislumbrarlo, toda definición resultaría incompleta y pedante frente al libro. Cuando le leéis pareceos que no obstante su indiscutible modernidad, un soplo del alma antigua pasa por sus páginas y, consolidando al rededor de su suave espiral caracteres y vocablos, llegara á hacerle asumir los contornos y las fuerzas de un trozo reconstruido de los Propileos ó de una estatua de Atena escapándose, con tranquila dignidad, por arte de un raro prodigio, de las manos de Fidias ó de Scopas. Otras veces una melodía arrobadora os envuelve en su ritmo. Lo inmaterial, lo alado triunfa. Bórrase todo relieve y esfúmase toda línea. Vuestra imaginación salta edades y distancias, confunde épocas y crea anacronismos deliciosos. Y... ¡héteos de pronto, sentados á la sombra del Pórtico, absorto en la contemplación de un joven de mirada serena y profunda que, ante unas decenas de discípulos silenciosos y absortos también, habla muy armoniosamente sin preocuparse siquiera de que se le escuche; habla sin mover un músculo del rostro, el ademán amplio y majestuoso, la voz cálida, sin embargo, de unción evangélica. ¿Es Platón, el divino? ¿Es el sensualista Epicuro? ¿Es Zenón, el estoico? ¿Es Saulo, el de Tarsos? Ninguno de ellos es; pero ¡oh, dioses! tiene algunos rasgos que á todos son comunes. Habla, y con inflexiones de voz acariciadora y ardiente, que contrasta con la serenidad olímpica del rostro y parece el eco de una época que vendrá, dice á los que se han congregado para oírle, sobre los destinos de cada uno, sobre el misterio de cada alma, sobre el aliento soberano que, transformado á su tiempo en volun-

tad, ha de esculpir el mármol, cincelar la estrofa, salmodiar la plegaria, clamar el himno y abrir hondo cauce á la corriente de las vidas, las cosas más profundas, más armoniosas y más bellas que es dable oír de labio humano".

...¿Quisierais una síntesis? Y, ¿cómo daros una síntesis de un libro realmente proteista, donde la filosofía y la ciencia, la psicología y la estética, lo subjetivo y lo objetivo, la observación propia y una asombrosa erudición se dan la mano al través de sus pá-

ginas llenas de un análisis sutil y vigoroso, aromadas por una excelente poesía é iluminadas por la sonrisa del numen y del arte? La obra es el trasunto del hombre. Ya lo habeis oído, mejor dicho, del labio del mismo Rodó: "un libro que se escribe ó es papel vano ó es alma que teje con su propia substancia su capullo". Y en ese libro sonríe un hombre y en esas páginas palpita y vive toda un alma! Rodó es el fruto exquisito y maduro del desenvolvimiento lento y metódico de las facultades creadoras, obra tanto de un inmenso talento como de una omnipotente voluntad. No creais que surgió de pronto al esfuerzo y á la gloria. Como Eudomeneo en su profunda y poética narración de los seis peregrinos, sin perder de vista el término glorioso á que tendía el ideal en que flotaba su alma abierta á las ternuras infinitas de la nueva fé, no negó sus oídos á las armonías embelesadoras del canto del Rapsoda, no rehusó sus músculos á las tareas afanosas de la vendimia; ofreció su caridad al rústico herido que clamaba sus dolores; dilató sus pulmones respirando el aire de la selva; regocijó su espíritu en la contemplación de la flor simbólica; pero no se detuvo, siguió avanzando siempre camino de su ciudad ideal; soñó con mármoles y templos sobre la colina eterna del Acrópolis; aspiró el polvo que flota todavía como una niebla sobre desiertos y ruinas donde ha pasado el confuso tropel de generaciones sin cuenta; puso atento oído á las frescas voces de la juventud que des-

piertan y al extertor de las ancianidades que se extinguen; removió el pasado, estudió el presente con amor; se abismó con las investigaciones de la ciencia; enriqueció su espíritu y su corazón y llena la mente con la visión clara de las cosas, con los colores de la naturaleza, con el perfume de las flores, con los prodigios de la línea y con las armonías infinitas de la existencia, siguió avanzando siempre en marcha á la Jerusalem de su ensueño. Llegó, y concluida entonces, aunque en parte, la obra interminable del perfeccionamiento propio, la obra de la fé que iba á buscar; hallada la dirección de sus energías y templadas las cuerdas de su vasto espíritu, estas cuerdas dieron cada nota espontáneamente como las arpas eólicas al ser heridas por el viento, su respectivo són, y el conjunto de todas las cuerdas, resonando al mismo tiempo, cerró en un sólo y soberbio acorde ese amplexo maravilloso de armonías, de ideas, de perfumes y esplendores que se llama "Motivos de Proteo".

El señor Rodó prepara actualmente un nuevo libro que, de seguro, será un nuevo triunfo para su grande y hermoso espíritu.





LA PARTIDA DE AJEDREZ
Cuadro de S. Melton Fisher

LA SIEMBRA

¡Oh! qué gusto! Recio había sido el trabajo, pero ya concluído, sólo faltaba desuncir los animales para ir á juntarse con la Clorinda, ocupada en las casas, y marcharse después a mísero ranchito, albergue de su amor recién bendecido por el cura.

¡Y qué alegre se siente uno junto á la mujer querida, después del trabajo!

Todo el día, bajo el sol que tostaba la piel, la yunta de Gregorio había caminado lentamente en el potrero, de ida y de vuelta, tirando del arado que manejaba el peón sudoroso, oliente á tierras húmedas y yerbas verdes. Y todo ese manto de biznagas y gualputos en que sobresalían los palquis balanceantes, las melosas y los yuyos, apareció al final cubierto de surcos, y en la tierra morena sólo quedaron en pie los espinos de tonos grises y troncos retorcidos.

Adormecíase ahora la campiña en el crepúsculo que empezaba á cubrirla de nieblas y un vaho tenue exhalábase del suelo. El grano hundido en sus entrañas generosas iniciaba en la paz de las cortas oraciones de otoño el proceso glorioso de su germinación.

* *

El peón rejoneó los bueyes para llegar más de prisa.

—¡Liberal! Chacolí!

Era preciso apresurarse ya que la vivienda estaba tan distante, pero, ¡qué importaba si debían marcharse juntos!

Al llegar á las casas, Gregorio encontró á la Clorinda que lo esperaba desde hacía rato. Tuvo una sonrisa amable para su mujer que ella le devolvió gustosa.

—¿Por qué te has demorado tanto, Goyo? Vamos á llegar de noche.

—Es que el potrero del Risco está lejazos, más allá del estero.

Afanábase en desenyugar los bueyes y, después de haber guardado los aperos, fué á dejar los animales al corral que impregnaba el aire con el acre olor de sus emanaciones.

Un toro encerrado allí, con el hocico al aire, husmeando la proximidad de las vacas, mugía con voz bronca y suave, como una caricia enviada á través del espacio. A la distancia, las vacas que rumiaban echadas en el pastal, respondieron con otros mugidos discordantes.

—Cállate, Overo, dijo Gregorio al pasar, palmeando cariñosamente su ancho lomo.

A continuación desdobló los pantalones remangados, se puso

la chaqueta, echó sobre el hombro la manta plegada y fué en busca de Clorinda.

* *

Se fueron. Se fueron á lo largo de los caminos que empezaba á alumbrar la luna, por entre las tierras perfumadas de todos los olores silvestres que se extendían quietos, descansando de la ruda labor del día, con el vientre inflado por la siembra, como una augusta madre; la tierra fiel y siempre joven, y siempre amante que al llegar la primavera retorna con creces la ofrenda de su riente vegetación de hinchadas espigas rubias. Se fueron los recién casados apretaditos, uno contra otro, sin hablar palabra.

Daba gusto verlos así. Formaban una hermosa pareja y, de cierto, los dos se merecían. Ambos jóvenes, sanos, robustos, habían sentido también llegar el tiempo de las plantaciones y se habían amado cariñosamente, ampliamente, con el amor puro y santo que despliega sus alas sobre los potreros, los bosques, los palacios soberbios, los ranchos humildes. ¡Con qué ansias esperaban ahora el brote del próximo retoño!

Iban sobre una alfombra de hojas secas que crugían bajo sus pies, y algunas que se desprendían revolando de los álamos vinieron á sujetarse en el pelo de la novia, que marchaba así, aureolada por la luna, como una joven ninfa de las landas.

Los tapiales del camino aparecían de color blancuzco, tronchados al pie por una faja de sombras densas. Los terrenos recién arados se desarrollaban á lo lejos bajo la argentada luz del astro que fulgía de un cielo transparente. Un zanjón marcaba su cauce al través de una raya negra, originada por los totorales de sus orillas. Sobre el horizonte celeste aparecía la cresta de un cerro con su perfil áspero y atrevido, y más distante otros cerros se borronaban en las neblinas. Los árboles manchaban el cielo con sus masas oscuras y de la inmensidad de los campos dormidos parecía surgir un silencioso y hondo regocijo que quedaba fluctuando en el aire.

Ambos cruzaron en el camino muy pocas palabras, entregado cada cual á las ideas dichosas de su luna de miel, y cuando por fin llegaron á la puerta del rancho, sin decir nada, se abrazaron estrechamente, uniendo sus labios en un largo beso.

Una brisa tibia cargada de pólen se deslizaba á flor de tierra haciendo estremecer las hojas descoloridas de los árboles.

La noche misteriosa cubría la mitad del mundo protegiendo las siembras.

G. LABARCA HUBERTSON



TIGRE EN ACECHO.—Gustavo Surand



LA PESCA □ □ □ □
Cuadro de A. Forbes

(TRAUMEREI)

PIANO

52

EL EMPERADOR NERON

REIVINDICACION DE AGRIPINA

TERMINABA nuestro artículo anterior publicado en esta revista el mes de Agosto pasado diciendo cómo nació en el ánimo de Nerón y su corte la desvergonzada mentira acerca de la muerte por suicidio de la emperatriz-madre Agripina.

Esta versión no tuvo éxito alguno. El pueblo adivinaba la verdad del tremendo asesinato en que tanta parte tomara el emperador, y emocionado hondamente por la enormidad del delito, despertaba á la voz de la vieja conciencia romana y vociferaba en la plaza pública que el César, lo mismo que el más humilde rústico, debía reverencia á sus padres. Vióse entonces algo extraño, pero que ha solido repetirse en la Historia: por virtud de una vuelta repentina del sentimiento público, la misma augusta persona que en vida fuera objeto de odios implacables, una vez muerta pasaba á ser objeto de veneración popular. Agripina empezaba á ser amada por los romanos. En cambio, Nerón y Popea inspiraban creciente sentimiento de horror.

Pronto advirtió el César que, con antojarsele insoportable Agripina viva, era mucho más temible después de enterrada. Atemorizado por la agitación popular, hubo, en efecto, de aplazar indefinidamente su proyectado divorcio de Octavia y su matrimonio con Popea. No tranquilizado aún, prolongó su permanencia en Bayas durante algunos meses, deseoso de retardar todo lo posible su retorno á la revuelta capital del Imperio.

Nerón no era ya, sin embargo, un niño: acababa de cumplir treinta y tres años. Además, tenía algún talento. Por otra parte, no faltaban en la camarilla imperial hombres de inteligencia y energía. Pasado el primer momento de estupor y de miedo, ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: el César y sus cortesanos se aliaron. Ciertamente, los efectos siguientes al horrendo crimen de Bayas habían sido desastrosos; más por fortuna para el Imperio no trajeron consecuencias irreparables, que son las únicas que tienen valor en política. Incluso era de esperar que poco á poco olvidase el pueblo el asesinato de Agripina, lo mismo que había olvidado el de Británico. Sólo restaba por hacer una cosa: favorecer el desmemoramiento de las gentes. Fué entonces cuando decidió el César parricida introducir en Roma y en Italia aquella revolución administrativa tan resueltamente combatida por Agripina: dar al pueblo romano, en suma, aquel gobierno generoso, espléndido y tolerante, que venían reclamando las aspiraciones populares.

ORGÍAS Y FESTIVALES

Empezó Nerón por organizar entre la juventud corada de Roma los famosos festivales, mejor diríamos orgías, que no eran por el fondo y por la forma sino vivas protestas contra la antigua educación aristocrática.

Los jóvenes patricios *modernistas* se reunían en sus palacios bajo la presidencia del César, y allí cantaban, recitaban versos, bebían, bailaban, y, en una palabra, alardeaban de todo aquello que la tradición consideraba indigno de un noble romano. No transcurrió mucho sin que Nerón hiciese construir en los campos del Vaticano un estadio particular, donde él y sus amigos se divertían guiando bigas y cuadrigas, en competencia con los mejores cocheros de Roma. El César aparecía siempre rodeado de poetas, músicos y cantantes; aumentaba hasta una cifra enorme el presupuesto de las festividades populares; proyectaba y subvencionaba gigantescas construcciones, é introducía en toda la administración un nuevo es-

píritu de negligencia, relajación y tolerancia, muy grato para administrados y administradores. Empezaron á caer en desuso no sólo las leyes santuarias sino todas aquellas que imponían el cumplimiento de deberes hacia la especie, como por ejemplo, las de Augusto sobre el matrimonio y el adulterio. La mirada vigilante del Senado sobre los gobernadores y la de los gobernadores sobre los municipios, se debilitaron, haciéndose discretas: en Roma, en toda Italia y en las provincias discretas, los caudales de la república, las propiedades y los pósitos eran saqueados sin piedad. Bier pronto surgió, en este desenfundado saqueo que convertía rápidamente en hombre opulentísimo al mismo individuo que poco antes mendigara la "sportula", el delirio de la ostentación y de los placeres. En Roma, sobre todo, vivía el pueblo en perpetua bacanal. La nobleza acudía en masa á las fiestas de Nerón; en el Senado, como en las mansiones aristocráticas donde se educaran los conquistadores del mundo, pululaban los atletas y los cocheros nobles sin otra ambición que añadir los laureles ganados en la arena de los círculos á los trofeos de guerra tomados por sus abuelos en los campos de batalla. ¿Qué más?... El mismo palacio imperial se hallaba invadido por un ejército de citaristas, actores, atletas y caballistas, entre los cuales empezaban á sentirse extraños el sabio Séneca y Burrho el estratega.

La muerte de Agripina, aunque había logrado dificultar el matrimonio de Nerón y Popea, no consiguió, como se habra advertido, impedir el advenimiento de un sistema de gobierno, si apetecido por todo el mundo, no menos desastroso en sus consecuencias, como que á él se debe la inmensa ruina de la potente Roma. Pero no nos autoriza ello para considerarlo como un elemento romano; por el contrario, se trataba de un elemento introducido por la civilización oriental en el mundo de las viejas tradiciones romanas, tras de larga y penosa resistencia. Esta revolución había venido preparándose desde muchos años antes y se acomodaba á los gustos populares. De ahí que resultase favorecida la personalidad del César que acababa de romper con añejas tradiciones lanzándose y lanzando al pueblo romano por la vía de lo moderno.

EL ESPECTRO DE LA MUERTE

No fué ello obstáculo á que el espectro de Agripina continuase cerniéndose sobre Roma: dicho sea en honor del pueblo de Roma y de la Italia, su corrupción no había llegado aún al extremo de hacerle olvidar, entre el clamoreo de las fiestas, el espantoso parricidio. Aunque bastante debilitado, el partido tradicionalista existía; y no solo existía, sino que se atrevió á iniciar lucha abierta contra Nerón, esgrimiendo como arma principal en daño del César el asesinato de Agripina, de igual modo que el partido opuesto explotara contra la misma Agripina los prejuicios antifeministas de las masas. Vióse entonces á los tradicionalistas denunciar el parricidio al pueblo, con objeto de atacar al campeón del orientalismo y de concitar contra él la masa neutra, que, comprendiendo aquella lucha entre Oriente y Roma, era insensible á tales estímulos.

Entre tanto, creyendo Nerón que la excitación popular había cedido un poco, acababa de repudiar á Octavia para casarse inmediatamente con Popea. Pero el divorcio imperial vino á agravar la situación: Roma fué testigo de grandes demostraciones populares en favor de la infeliz esposa repudiada y contra la impúdica Popea.

Digamos también que Nerón, con sus extravagancias, facilitaba la obra de sus enemigos, los defensores de la tradición. En efecto, la vida de excesos á que se entregaba el César exageraba todos los defectos de su carácter, especialmente aquella su necesidad mórbida de exhibirse y de desafiar al público, sus prejuicios y sus opiniones. Hoy es, en verdad, difícilísimo separar lo verdadero de lo falso en las repugnantes historias de libertinaje llegadas á nosotros por mano de los escritores contemporáneos de los Césares, entre los que debemos citar á Suetonio. Sin embargo, y aunque haya de reconocerse—y yo soy de los que así piensan—gran exageración en tales relatos, es lo cierto que la personalidad de Nerón desempeña papel demasiado visible en la revolución iniciada contra lo antiguo. Aún hallándose el pueblo bien dispuesto á admirar y aplaudir un gobierno más liberal y ostentoso que los de Augusto, Tiberio y Claudio, todavía gustaba de ver en el jefe del Estado cierta austeridad de costumbres y de aspecto: para la generalidad de los romanos, el César debía ser un hombre grave que dejase divertirse al pueblo mientras él se aburría en las magnificencias de su palacio.

Naturalmente, aquel emperador joven, disipado y vanidoso, indispensable ornato de toda fiesta, eterno perseguidor de mujeres bellas, é incansable dilapidador del Tesoro público, hería las últimas susceptibilidades republicanas de Italia. Los sensatos empezaron también á experimentar alarmas y á reprochar á Nerón su prodigalidad; y estas censuras eran aplaudidas por el mismo pueblo que demostrara descontento hacia Tiberio por su parsimonia.

Los costosos caprichos de Nerón, cada vez más extraños, llegaron también á indignar á aquella parte del pueblo que no seguía fanáticamente adherida á la tradición. Fué por entonces cuando se desarrolló en Nerón su necia vanidad de actor, su afición al teatro, que iba muy pronto á convertirse en una manía predominante. ¡El jefe del Imperio, el heredero de Julio César, proyectaba nada menos que descender de la cúspide de la humana grandeza al escenario de un teatro, y esto por el mero capricho de experimentar ante el público las sensaciones de aquellos histriones á quienes consideraba siempre la aristocracia romana como viles instrumentos de recreo!

Disgustado Séneca con las locuras de Nerón, había aprovechado la muerte de Burrho como oportunidad favorable para retirarse. Y así, libre ya el César de la última persona que ejercía influencia sobre él, se arrojó de cabeza á la furiosa vorágine de sus fantasías. Una tarde se presentó, por fin, como histrión en el Teatro de Nápoles, ciudad que, por ser aún completamente griega en espíritu y costumbres, nabíale parecido al César la única digna de comprenderle y admirarle.

El emperador no se equivocó en sus cálculos, porque los napolitanos le aplaudieron frenéticamente. En cambio, todas las demás ciudades de Italia protestaron contra aquella aparición del jefe del Imperio en un escenario público pulsando la citara en vez de empuñar la espada. Y se comprende cuán enorme debió ser la impresión causada por el inaudito acontecimiento. ¡Imagínese cuál no sería la de nuestra Europa actual si de improvviso se presentase uno de sus soberanos en el escenario parisién de *Folies Bergères*, en calidad de número y haciendo juegos de prestidigitación.

EL INCENDIO DE ROMA

Aterradora calamidad vino, sin embargo, á apartar de tan enorme escándalo la aten-



NERON EN EL CIRCO

ción de las gentes. Nos referimos al célebre incendio de Roma, á aquella espantosa conflagración que durante diez días, á partir del 1º de Julio del año 64 de nuestra Era, devastó casi todos los barrios de la ciudad. ¿Cuál fué la verdadera causa del inmenso desastre? He ahí un punto obscurísimo, de gran interés para los historiadores, y que hasta ahora no ha quedado suficientemente esclarecido. Por lo que á nosotros se refiere, no excluimos, ni mucho menos, la hipótesis de que el siniestro fuera casual. Pero la humanidad, cuando gime abrumada por un gran infortunio, necesita siempre creerse víctima de la maldad agena; prueba evidéntísima de la confianza que nos inspiran nuestros semejantes. En aquella ocasión, reducida la plebe á la última miseria por el tremendo accidente, comenzó á asegurar que ciertas gentes misteriosas habían sido observadas durante el incendio, ya facilitando la obra de las llamas, ó bien dificultando los trabajos de extinción y salvamento. Sin duda, los tales incendiarios debían haber sido enviados por alguien muy poderoso... Pero, ¿quién era ese alguien?

Pronto circuló un rumor extraño: era el mismo Nerón. El César había mandado incendiar la ciudad para proporcionarse el espectáculo de la inmensa hoguera, para darse una idea de lo que debía ser el incendio de Troya, para tener la gloria de reconstruir aquella vetusta urbe con arreglo á un plan de edificaciones monumentales.

En aquellas circunstancias, ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: que el partido tradicionalista, la *oposición*, los descontentos, explotaron sin escrúpulo la creencia popular. Y Nerón, verdadero autor de buen número de crímenes probados, se halló acusado de un crimen imaginario, siendo tanto el miedo que fué á apoderarse del César que no titubeó en proporcionar al pueblo de Roma lo que este buscaba con ansia: una víctima en quien saciar su furor. Practicóse una investigación respecto á las causas del incendio, llegándose á una conclusión verdaderamente extraña: el fuego había sido causado por una pequeña secta religiosa, recién importada de Oriente, una secta cuyo nombre oían entonces por primera vez muchos súbditos de Nerón: la secta cristiana.

¿Cómo pudieron llegar las autoridades romanas á semejante conclusión? He ahí uno de los grandes misterios de la Historia Universal. Misterio, que probablemente, no será jamás esclarecido. En verdad sea dicho, si resultaba absurda la opinión popular del desastre, no lo era menos la explicación oficial. Porque ha de tenerse presente que la comunidad cristiana de Roma, la pretendida hiedra de la revolución, la tea de la discordia y el odio que acababa de reducir á cenizas gran parte de la metrópoli del mundo, no era, en suma, sino una pequeña y pacífica congregación de piadosos idealistas y de hombres abnegados.

LA RELIGION DE CRISTO

Un hombre grande y sencillo, Pablo de Tarsos, había reanudado en Roma la obra interrumpida por Augusto y Tiberio. Aspiraba á rehacer la conciencia popular, pero empleando medios desconocidos hasta entonces en la civilización greco-latina. No trataba de hacer amable el trabajo, de apartar del vicio, de encauzar hacia la vida honesta y sencilla, recordando á los hombres las virtudes de sus antepasados, los prestigios de la tradición ó las perspectivas risueñas de la dominación política. Pablo de Tarsos aconsejaba que todo ello se hiciese por amor á un dios único, al que en un principio había ofendido el hombre con su orgullo; que todo ello se practicara en nombre del *Hijo de Dios*, que había adoptado la forma humana ofreciéndose voluntariamente á morir como un criminal en una cruz para aplacar al *Padre* en su justa cólera contra el hombre rebelde. El apóstol insertaba en la idea greco-romana del *Deber* la idea cristiana del *Pecado*. Indudablemente, la nueva teología debió parecerles un tanto obscura á griegos y romanos: Pablo de Tarsos ponía en aquel nuevo espíritu el amor mutuo, esto es, algo que hasta

entonces era desconocido, ó poco menos, por la árida psicología latina.

Pablo era hijo de noble familia hebrea, y poseía elevada cultura. Pero, usando una frase moderna, habíase simplificado á sí mismo, renunciando á su alta posición social precisamente en tiempos en que nadie podía desprenderse de su pasión por el lujo: el apóstol no era ya el rico hombre de Tarsos, sino el humilde obrero que, subviniendo á sus necesidades más apremiantes con el importe de su trabajo manual, solo y a pie había recorrido el Imperio, predicando durante sus peregrinaciones la *Redención del Hombre*. Tras de numerosas aventuras y graves peligros, este Pablo de Tarsos acababa de llegar á Roma. En aquella inmensa ciudad enloquecida por los apetitos, de todo linaje, el apóstol repetía una y otra vez á los pobres, sus únicos oyentes: "Sed castos y sencillos, no mintais, amaos los unos á los otros, ayudaos, y amad á Dios sobre todas las cosas".

Cierto es que, á haber tenido noticia Nerón de aquella pequeña sociedad de idealistas piadosos, seguramente la habría odiado; pero la habría odiado y perseguido por otros motivos que las imaginarias acusaciones de la policía. San Pablo es, en efecto, la antítesis de Nerón. Representa el César el despiadado egoísmo de una época rica, pacífica y altamente civilizada. Simboliza el otro el ardiente idealismo ético que trata de reacciones contra los vicios capitales de la fuerza y de la riqueza mediante la abnegación y el ascetismo universales. Y no se puede concebir al uno sin el otro, porque la doctrina moral de Pablo es, en parte, una reacción contra la furiosa locura de placeres y de lujo que personificaba Nerón. Más no fueron, ciertamente, consideraciones políticas de esta clase las que llevaron á las autoridades romanas á perseguir con saña á los cristianos. El problema, debo repetirlo, sigue siendo insoluble.

Fuera lo que fuese, ello es que se acusó formalmente á los cristianos como autores del incendio. Encarcelóse á buen número de ellos y ajusticióse á los más, por diferentes procedimientos, durante las fiestas que organizó Nerón para distraer al populacho. Es posible que Pablo de Tarsos fuera una las víctimas de aquella persecución.

FRACASO Y SUICIDIO DE NERON

El recurso ideado por el César no produjo los efectos que él esperaba. La gran catástrofe de Roma fué también la ruina de Nerón. Con el incendio de la inmensa metrópoli comienza el tercero y último período de la vida de este César, breve período de cuatro años caracterizado por absurdas exageraciones de todo género, que apresuraron el inevitable y trágico desenlace. Es un período durante el cual predomina una idea *grandiosa*: edificar sobre los aún humeantes escombros de la capital del Imperio una Roma *total*, digna cabeza del gigantesco organismo político. Para realizar este proyecto necesitaba Nerón mucho dinero. Y claro es que su voluntad omnímoda no había de detenerse ante la natural limitación de los recursos del Erario. Cada vez más dominado por su manía, vióse á Nerón poner mano hasta en lo que entonces se consideraba más sagrado: el dinero destinado á pagar las legiones. El pueblo, aún enriquecido por aquellos exorbitantes gastos públicos, murmuraba cada vez más fuerte de Nerón, y ridiculizaba sus proyectos arquitectónicos diciendo que la nueva metrópoli excedería en fealdad á la primitiva.

Acaeció, por fin, lo que era de esperar. Exasperado Nerón por la antipatía popular y por la escasez de recursos económicos, perdió la poca razón que le quedaba. Su gobierno degeneró desde aquel instante en cruel, violenta y desconfiada tiranía. La conspiración de Piso sirvió al César de pretexto para ordenar el suplicio de buen número de senadores y caballeros, con lo que se acrecentó hasta un grado indecible el odio de los romanos hacia Nerón. Un altercado con Poppaea convirtió en uxoricida al que ya fuera autor de un parricidio: la esposa adultera pereció, miserablemente, de un puntapié en el vientre asestado por su bárbaro señor.

Agotados el Tesoro imperial y el público, dióse Nerón á inventar acusaciones contra los hombres más ricos de Roma con el objeto de confiscarles sus bienes. Aquello era ya el desquiciamiento final: el ambiente del delito flotaba constantemente sobre el Palatino. De pronto, suspendió el César su incansable labor homicida para consagrarse al arte. Rodeándose de sus favoritos, emprendió un viaje á Grecia, la provincia romana que había sido cuna de la civilización occidental, llevado del deseo de actuar en sus famosos teatros. Fué lo que hizo desbordarse el vaso: la indignación popular estalló en cien motines, mientras las legiones de Galia y de España, mal pagadas desde mucho tiempo antes, se sublevaron contra el César, acaudilladas por sus centuriones. Abandonado Nerón de todo el mundo, vióse en la dura necesidad de suicidarse. El emperador histrión exhalaba el último suspiro el 9 de Junio del año 68 de la Era Cristiana.

PARALELO HISTORICO: LOS CESARES Y LOS BONAPARTE.

Así terminó la familia de Julio César. Su ruina definitiva, tras de tanta grandeza y de tanto genio, podrá antojarse extraña, casi risible. En efecto, no deja de parecer absurdo que se pierda un imperio por el gusto de cantar en un teatro. Y, sin embargo, por absurdo que se antoje ese final de imperio, no era, ni mucho menos, el fatal resultado de los vicios, crímenes y locuras de Nerón. El emperador fué, como todos los individuos de su familia, víctima de la situación contradictoria existente cuando puso sobre sus hombros la púrpura imperial.

Durante varios siglos ha venido diciéndose que la gran misión histórica de la familia de Julio César consistió en la fundación de la monarquía. Nosotros creemos que tal afirmación es un error magno. El papel de la familia de César hubiera sido facilísimo y cómodo de haber consistido solamente en fundar una monarquía. Los descendientes de César tuvieron necesidad de afrontar otro problema mucho más difícil, casi insoluble. Fué, desde cierto punto de vista, un problema análogo al que encontraron planteado los Bonaparte en el siglo XIX: el *Corso* y su familia hallaron la vieja Europa, monárquica, legitimista y teocrática, agitada por fuerzas que, si dificultaban la continuación del antiguo régimen, todavía no eran lo bastante poderosas para crear una nueva sociedad enteramente democrática, republicana y laica. La familia del César hubo de encontrarse ante la situación opuesta: tenía ante sí una vieja república, militar y aristocrática, evolucionando hacia una civilización intelectual y monárquica, pero oponiendo formidable resistencia á las fuerzas transformadoras.

Ambas familias procuraron por todos los medios reconciliar cosas irreconciliables, realizar lo imposible. Mientras los Bonaparte intentaban unir la monarquía popular y la democracia imperial, los Julianos se esforzaban en casar la república monárquica y el latinismo orientalizado. Aquella contradicción fué para ambas familias su razón de existencia, la causa de su engrandecimiento. Pero también es cierto que esa contradicción fué también el gusano destructor de Bonaparte y Julianos, la verdadera determinante de su ruina. Mientras que lo primero explica la conservación de factores constantemente unidos al problema (no obstante el consejo de los filósofos), como por ejemplo, el descontento de las masas, la presión de los partidos y el peligro evidente, lo segundo explica la corta duración del poder en dichas familias, su vida agitada y las continuas catástrofes que precedieron á la destrucción final.

Waterloo y Sedán, el destierro de Julia y el trágico fracaso del gobierno de Tiberio, todas las grandes y pequeñas desdichas ocurridas á las dos familias, fueron siempre consecuencia de la insoluble contradicción que intentaban resolver. En el relato presente se tiene un ejemplo característico de lo que decimos: Agripina se convierte en objeto de odio universal, y es, por fin, asesinada porque quiere defender la tradición

romana; su hijo desprecia la tradición, y es por eso principalmente por lo que se ve obligado á suicidarse. Sin duda, el sino de los Bonaparte es menos trágico, ya que todos escaparon, por lo menos, de la leyenda infamante que crearon en torno de la familia de César sus enemigos mortales y que luego propalaran, con más ó menos arte, los escritores de sucesivas generaciones. Por mi parte, creo, y ya lo demostraré en otra ocasión, que la historia de la familia de César, tal y como nos la relatan Tácito y Suetonio, es pura novela, una leyenda no más verdadera que la de los Atridas. Porque no debe olvidarse que la familia de César hubo de estar colocada en el centro de la enconadísima lucha sostenida en Roma entre el antiguo militarismo romano y la civilización intelectual de Oriente, entre el nacionalismo y el cosmopolitismo, entre el misticismo asiático y la religión tradicional, entre el egoísmo refinado por la cultura y la riqueza y el supremo interés de la especie. Natural era, pues, que dada la posición de la familia de César en la lucha tuviera que lastimar muchos intereses, que ofender muchas susceptibilidades. Y natural fué también que esos intereses y esas susceptibilidades, lastimados por la acción de los Césares, se vengasen del daño creando la leyenda infamante.

EJEMPLOS Y ENSEÑANZAS

El caso de Nerón es más instructivo que ninguno. Nerón era, en verdad, medio loco y criminal nato; pero las generaciones que le sucedieron se empeñaron en hacer de él un monstruo único, sin nada de humano, y aún no faltó quien viera en Nerón al *Anticristo*.

Seguramente, fué aquel César el primero

que hizo verter á torrentes sangre de cristianos. Más si recordamos la tendencia que representaba en la historia romana, difícilmente podremos clasificarle entre los grandes enemigos del Cristianismo. Ciertamente es que tanto Augusto como Tiberio fueron dos enconados perseguidores de aquella religión, aún sin conocerla, y fueron así porque barruntaban que el nuevo credo iba á debilitar la gran tradición romana, que ellos pretendían vigorizar por todos los medios á su alcance. Nada tiene, pues, de extraño que los dos césares combatesen cuanto pudieran constituir algún día la esencia del Cristianismo, esto es, el cosmopolitismo, el misticismo, la dominación de los intelectuales, la influencia del espíritu filosófico y metafísico sobre la vida.

Nerón, por el contrario, con sus repetidos esfuerzos para extender el orientalismo en Roma, y, sobre todo, con su desmedido amor al arte, fué inconscientemente un poderosísimo colaborador de la futura propaganda cristiana. No debemos olvidarlo: si las masas del Imperio llegaron á hacerse cristianas, fué porque ya estaban completamente saturadas de espíritu oriental.

Nerón y San Pablo, el hombre que perseguía todos los goces y el hombre que deseaba todos los sufrimientos, eran en sus tiempos dos antítesis extremas; más luego, al correr los siglos, se convirtieron en colaboradores. Mientras padecía el uno hambres y persecuciones, por predicar la doctrina de Redención, el otro, por sólo el gusto de divertirse, llamaba á Roma y á Italia á todos aquellos plateros, tejedores, escultores, pintores, arquitectos y músicos, de que abominara siempre el Imperio arrojándolos de su seno.

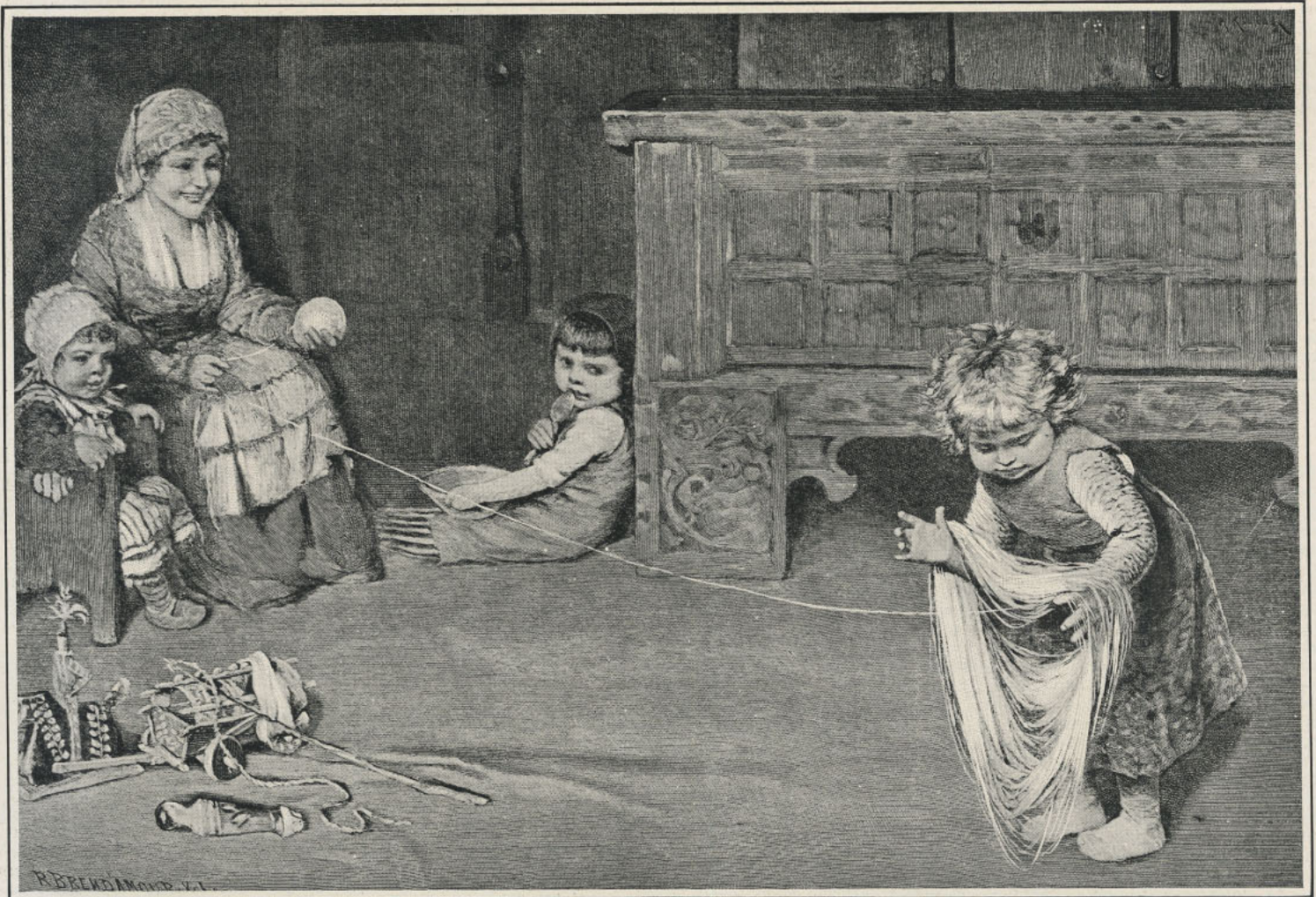
Desaparecieron Nerón y San Pablo, arrebatados por los violentos huracanes sociales

y políticos de la época, pasaron una tras otra las centurias, y en tanto que el nombre del César iba cubriéndose de eterno oprobio, el del apóstol irradiaba gloria. Pero en medio del inmenso desorden que acompañó á la disolución del Imperio Romano, cuando se relajaban todos los lazos que unen á la Humanidad, y cuando parecía haberse hecho inaccesible la mente humana al razonamiento y al pensar sano, los discípulos del santo de Tarsos advertían que los plateros, los tejedores, los escultores, los pintores, los arquitectos y los músicos de Nerón eran precisamente los mejores medios para atraer las masas populares á los templos cristianos y hacerlas oír pacientemente lo que estaban en disposición de comprender en aquella sublime moral de San Pablo. Cuando se penetra hoy en San Marcos de Venecia, en la Catedral de Nuestra Señora de París ó en cualquiera de esas estupendas basílicas de las viejas edades, y cuando las vemos convertidas en maravillosos museos de todas las artes bellas, no podemos menos que percibir, allá entre los mortecinos resplandores del atardecer, el símbolo luminoso de esa alianza paradójica entre una víctima y un verdugo.

Porque es lo cierto que sólo por la alianza de San Pablo y Nerón pudo la Iglesia dominar el desorden en los tiempos medios y conducir incólumes, desde la antigüedad á los tiempos modernos, á través de formidables tempestades, los principios esenciales que engendraron nuestra civilización.

Veamos en esto una prueba decisiva de que, si considerada en detalle es la Historia una lucha continua, mirada en conjunto no es sino la conciliación final inevitable de fuerzas antagónicas; reconciliación lograda á pesar de la resistencia opuesta por los hombres mediante su sacrificio.

GUGLIELMO FERRERO



AYUDANDO A LA MAMITA.—Cuadro de R. Brendamour

AGUSTIN QUEROL

EL nombre de Agustín Querol es un timbre de gloria y orgullo para la España moderna. Este genial escultor ha impreso en sus esculturas plásticas una vida inextinguible proyectando la expresión psíquica de la raza española mucho más allá de los confines de su patria. Así, la América latina posee actualmente algunos de los más magníficos mármoles y broncees que revelan el alma y vigor de un genio español. Grandioso testimonio de su fecunda genialidad nos la dan sus monumentos del heroico coronel Bolognesi, en Lima; el Garibaldi, de Montevideo; el del doctor Urquiza, en Argentina; el de la "Fuente de la Gloria", en México.

Muy importante y consolador para los españoles es esa reconquista artística e intelectual de aquellos países de sol, aquellos países carcomidos por los errores económicos y políticos de sus gobernantes, que han destruido (¿estacionado?) la marcha del progreso en las múltiples ramificaciones de la actividad de esos países hijos del Cid...

Las colonias de antaño, actualmente países, en el vigor de su juventud, casi todas ellas en plena prosperidad y vida, desean ahora, que ya han vencido las dificultades materiales de la independencia, adornarse y para ello solicitan de la madre genio y arte.

En ese sentido es Agustín Querol uno de los más esforzados paladines de esa cruzada de la "Reconquista", y de la constancia con que la América española pide para la expresión artística de su veneración por los héroes nacionales, siendo la obra de Querol no solamente un testimonio del orgullo del artista sino también una prueba de su integridad patriótica, porque española es la obra del artista e indiscutiblemente española es su prodigiosa y característica mezcla de realismo y romanticismo. El artista español ha soñado siempre con la mirada hacia el cielo y los pies en la tierra. Las alas características de sus musas, de sus victorias, de sus ángeles descansan sobre cuerpos de carne y hueso. Siendo joven estudiante de arte en Roma, con su exagerado realismo, con todas las ilusiones de su cabeza, con el Sol de Levante en sus ojos y la risa salada mediterránea en los labios, sacó de sus ensueños su primera obra, la que produjo en España un desquiciamiento de toda crítica oficial; á pesar de esto su obra de debutante... más que ninguna otra era adecuada para encuadrarse en las reglas de la Academia Oficial y á la escuela de estética convencional. Este hijo del pueblo, inculto é ignorante, tenía el don divino, y, á su admirable perfección artístico-manual, unía su extraordinaria psiquis; tenía ante sus ojos todas las representaciones de las picarescas fantasías de la mitología pagana y trataba su obra tal cual Diego Velasquez de Silva...

La que debió ser delicada, poéticamente bella, le resultó una campesina española, vieja, decrépita, poco atractiva: una comadre bruja familiarizada con todos los secretos del infierno.

Ella no adormece con sabrosos y plácidos cuentos á los niños inocentes y buenos, sino que doma con sabe Dios qué diabólicas artimañas la travesura de algunos rapaces españoles, intrusos, malignos, dispuestos á reírse, á mofarse de ella y hostilizarla, pero en los cuales hay tanto de ilusión y ensueño como de sangre y voluptuosidad, y todo esto salpicado con aquella ironía peculiar á todo el arte de la raza española. Esta obra con que inicia su carrera artística, fué la norma de su producción futura. Querol siguió siendo el realista-idealista. ¿Será preciso hablar algo de su técnica? Sus

creaciones han sido analizadas é interpretadas por artistas y profanos. Querol se conquistó su celebridad. Su taller fué visitado por las más grandes eminencias, autoridades artísticas de su tierra. Su obra no tiene ese carácter de subtilidad que sólo puede ser apreciado de los elegidos al contrario. Casi todas sus obras son monumentales y Querol puede asegurar que el sol, que en otros tiempos no se ponía en los dominios del rey de España, también en el presente alumbra incansablemente algún mármol salido de su cincel.

Las medallas y condecoraciones que obtuvo con sus obras llevan la efigie de casi todas las testas coronadas de Europa. París, Berlín, Viena, Munich, Chicago conocen sus obras. Con todas las condecoraciones y títulos honoríficos que ha recibido, bien podría ennoblecér á toda una generación. Pero, no obstante todas las glorias y triunfos obtenidos, Querol no se consideró nunca satisfecho de sí mismo. Incansablemente proyectaba y se preparaba para algo más sublime. De allí su eterna y febril actividad. Apenas había concluido una obra que le producía glorias y beneficios, ya fustigaba su espíritu para crear la próxima obra de la cual esperaba el triunfo definitivo y que debía ser la última. Felizmente nunca alcanzó á la satisfacción propia. Y decimos felizmente porque á ello debemos su asombrosa



MONUMENTO DEL SITIO DE ZARAGOZA.—A. Querol

fecundidad artística. El monumento del "Sitio de Zaragoza" puede considerarse indiscutiblemente como la obra más acabada de Agustín Querol. Un ambiente, atmósfera ardiente y trágica, envuelve esas figuras. Cada "pose", cada expresión exterioriza la sublime grandeza de aquellos héroes de que nos cuenta la historia. La primera impresión que se siente es de estupor. Se produce en seguida la intuición de que es sólo Querol quien es capaz de materializar en el bronce calor heroico como el sitio de Zaragoza, comunicándole esa inimitable expresión de vida y grandiosa realidad. Se precisa un pensamiento pletórico de arte y vigor y brillo como el de Querol, para dar en el verdadero "matiz" psico-artístico de la representación escultórica de esos grandes acontecimientos.

El monumento tiene una altura de 19 metros.

Delante de una artística escalinata aparece la portada en cuya frente se desarrolla en admirable relieve la figura de Agustina de Aragón. La heroína está sobre el baluarte del "Portillo". Lleva

un canasto con viandas para los defensores de la ciudad. Seguida de varios guerreros, en cuyas facciones se lee la desesperación, ha arrancado de la mano del último defensor el estopín para aplicarlo al cañón. Debajo de la rueda de este cañón hay un cuerpo humano completamente molido, desmenuzado. La valerosa actitud de esta mujer rodeada de cadáveres, con el brazo derecho extendido hacia el cañón, es verdaderamente maravillosa y puede considerarse como una de las figuras más atrevidas y al mismo tiempo más artísticas de la plástica moderna. El fondo de esta rocaña está coronado por la "Torre Nova" y por el diseño semi-bosquejado (apenas ó ligeramente esbozado) de Palafose perseguido por el populacho.

Al otro lado del monumento hay un segundo magnífico relieve. Aquí Querol ha sorprendido uno de los episodios más emocionantes del sitio de Zaragoza.

Siete mujeres, encarnación del patriotismo español, guiadas por la famosa condesa de Baretta, seguida de su servidumbre y varias vecinas, tan pronto como tuvieron conocimiento del peligro que amenazaba á la ciudad, se dirigen prontamente al punto más expuesto á la invasión. En el fondo aparece Santa Pilar que toma bajo su protección á las mujeres en su valeroso designio. En el otro frontón de este monumento hay un cuadro al que el cincel del maestro ha impreso un sello de tristeza desgarradora. En arquitectónicas líneas cerradas, llenas de realismo, se ve la ciudad en que cada calle y cada cara era un fuerte que los franceses tenían absoluta necesidad

de arrasar literalmente para quebrantar la resistencia verdaderamente heroica de sus defensores. Por sobre esta escena, allá en lo alto se cierne, serena, majestuosamente un águila. Armonizando con esas escenas hay una cantidad de figuras alegóricas que bajan por la escalinata personificando el dolor, el hambre, la desesperación, la destrucción, y cada una de esas figuras es una obra maestra por sí sola. El todo está coronado por la estatua simbólica de la ciudad de Zaragoza. Es una figura colosal de cuatro metros de altura. Con la mano extendida en la actitud de proclamar la fundación de la ciudad, contempla ante él á un guerrero adornado con los símbolos de la gloria, del patriotismo y de la fé (laurel, cardo, flor de la pasión).

Sobre toda la figura parece cernirse un ambiente de infinito dolor. La premura del tiempo de que Querol dispuso para esta obra monumental le impidió concluirla, darle la última mano, según su proyecto inicial. La ideó en un principio y aún conserva hoy ese aspecto (que es una realidad), de algo inconcluso. Delante de la escalinata debía haberse colocado algunas figuras alegóricas, representando la Historia, la Música (un guerrero ó una gitana), etc. No obstante lo inconcluso de esta obra, ha sido ésta más que cualquiera otra de las producciones artísticas de Querol la que contribuyó á extender la fama de este artista infatigable, y con su monumento se ha asegurado un sitio imperecedero, indestructible en las filas de los más notables artistas mundiales.

ESCUELA DE BELLAS ARTES DE SANTIAGO

Clase de grabado en madera



Antiguo Testamento, del cuadro de Ad. Levy.—Primer premio.—Señorita Octavia Sey



Cuadro Le bon Bock d'après Manet.—Segundo premio.—Señor Humberto Carreño



Reproducción de un dibujo de Renouard.—Primera recomendación.—Señorita Elmira Moisan



ROMEO Y JULIETA.—Cuadro de V. Palmaroli

CONVERSANDO SOBRE ARTE

EN uno de sus admirables cuentos de Navidad, nos dice Dickens que el dón más precioso dado por Dios á los hombres es el de la memoria: en un rincón abandonado de una vieja casa se encuentra una noche una especie de niño-monstruo, que posee el fatal poder de quitar la memoria á todos los que se acercan á él; y á su contacto, los hombres más buenos y caritativos —y se sabe que la gente buena, en la obra de Dickens, es la mejor que se puede concebir—se vuelven egoístas, huraños y de corazón duro, porque, perdiendo la memoria, han perdido todo lo que compone un corazón de hombre, el recuerdo de todas las pequeñas y grandes alegrías y penas de su vida: han olvidado, es cierto, todas las penalidades que han pasado, pero han olvidado al mismo tiempo, los consuelos, los cariños, las amistades, todas las flores, que después de todo, tapan, y esconden y suavizan las asperezas y las piedras cortantes del camino!

A medida que uno va avanzando en la vida, comprende mejor la admirable idea de Dickens: la memoria, ¿qué es sino una segunda vida, que nosotros, más felices con ella que con la otra, la vida presente, podemos dirigir á nuestra voluntad? ¿qué es el momento presente, y su corta sensación, al lado de los innumerables momentos pasados, que podemos evocar con todas sus sensaciones, mejor aún, con la esencia de esas sensaciones?

¡La memoria del hombre pone en jaque á la muerte! puesto que nos permite evocar, hacer volver al centro de todas nuestras sensaciones y de nuestros pensamientos á los seres queridos, materialmente desaparecidos, pero, por la memoria, siempre presentes y vivos, prueba suprema de inmortalidad espiritual, pues que tan intensamente vivos están siempre en nosotros seres de cuyos cuerpos no quedan ya ni siquiera, quizás, una parcela! ¿Qué facultad, sino una facultad puramente divina, espiritual y por consiguiente inmortal, podría prolongar así indefinidamente la existencia moral de seres cuya envoltura material y exterior ha desaparecido para siempre?

Nunca la vida presente nos puede dar sensaciones tan exquisitas y tan puras como son las que nos procuran los recuerdos: en ellos los acontecimientos en que fueron mezcladas personas queridas se depuran, se ennoblecen y, revistiéndose de una capa de melancolía y de solemnidad, toman en la memoria un carácter ó una delicadeza que no tuvieron tan intensos en el momento en que fueron "vivos". ¿Qué talismán de felicidad es poder y saber conservar el tesoro de los recuerdos! Nó, no es cierto lo que dice en una de sus últimas novelas el ilustre literato que nos acaba de visitar, don Vicente Blasco Ibáñez, no es

cierto que se debe matar á los muertos. Matar á los muertos es matar la conciencia, la poesía de la vida, la propia alma quizás; es exponerse á oír las terribles palabras que pronuncia el espectro de la Conciencia en el "William Wilson" de Edgardo Poe: "Tú has vencido, y me mueres. Pero, desde ahora, tú también puedes considerarte como muerto: muerto para el Mundo, el Cielo y la Esperanza!..."

Y no es cierto tampoco lo que dice la balada alemana, que los muertos caminan ligero, porque si fuera así no podrían acudir tan inmediatamente cuando los evocamos: es que, al contrario, no se han movido, están siempre al lado de todos los que les han conocido y querido...

Desde hace algunas horas estoy evocando así á mi pobre amigo Ernesto Molina y él ha llegado: está ahora conmigo; le veo y le oigo hablar y reír, le veo abrir sus preciosos cofres y sacar de ellos las maravillosas sedas y los ricos terciopelos, los objetos de plata, las miniaturas... Veo el humo y siento el olor de su eterno cigarro puro y tropiezo otra vez contra su gran galgo negro, que, en su postura hierática, se encontraba siempre en el camino de los visitantes del taller.

¡El taller de Molina! ¿Recuerdan ustedes en "Le Cousin Pons", en "La Recherche de l'Absolu", en "La Peau de Chagrin" estas prodigiosas descripciones que hace Balzac de las galerías y colecciones de antigüedades de Pons, de Baltazar Claes, del viejo Judío? El poder evocador del más poderoso de los genios literarios del siglo XIX es tal, que como ocurre también con la mayor parte de los personajes creados por Balzac, uno no sabe si ha leído todo eso ó si realmente lo ha visto, lo ha conocido: el crugimiento de las sedas y de los antiguos pergaminos, la atmósfera misteriosa de los rincones sombríos hacia los cuales nos lleva irresistiblemente el indefinible poder de atracción de una obra maestra, aún antes que se la pueda distinguir bien; el olor de los libros vetustos, de las maderas talladas, de los géneros ricos, últimos vestigios de los tocados de marquesas ó de bailarinas, conservando aún un vago perfume de polvos, de esencias y de mujer; los colores brillantes ó desteñidos de las casullas y de las capas de coro, impregnadas de incienso y de mirra, los marfiles y esmaltes, las porcelanas y los azulejos, y los monstruos chinos, y los imperturbables Budhas, y las exquisitas japonesitas que ya no existen, ¡gracias á los Krupp y á los Paquin! todos estos objetos imponentes ó delicados cuyo encanto reside no solamente en su belleza y valor artístico, sino también en que nos hablan del pasado, todas estas preciosidades que

forman las colecciones que nos describe Balzac, se encontraban amontonadas en el taller de Molina. Era un Museo y un cafar-naum: algunas veces, en la inmensa sala, apenas quedaba un pequeño espacio libre, en el cual, dueño de todas estas riquezas, había puesto un caballete y trabajaba en algún retrato, ó paisaje ó interior oriental: y á su lado, siempre, el gran perro negro, este fantasma de color de tinieblas que fué como la sombra del destino del malogrado artista y que murió, cumplido quizás su papel de anunciador de luto, cuando el Angel de la Muerte había puesto ya el dedo en la frente de su amo!

Molina trabajaba, dije yo, en un retrato, en un paisaje ó en un interior oriental: efectivamente, como pintor había abordado todos los géneros, pero el en que le siguió más, y con razón, á mi modo de ver, el favor público, fué el de los cuadros de género, orientales, españoles ó venecianos. Pintor de visión clara, de dibujo correcto pero algo seco y de ejecución minuciosa, los interiores moros ó hispano-moriscos, con sus detalles precisos y tan característicos, encontraban en él un intérprete fiel y de una extremada conciencia: su modo de pintar, como ocurre muchas veces, debido quizás á una organización particular del órgano de la vista, era tanto más amplio y suelto, cuanto era menor el tamaño de sus telas, y mayor, al mismo tiempo, el número de los detalles de arquitectura árabe, con sus complicaciones de azulejos, de adornos de yeso, de tapices orientales... Conozco, pintados por Molina, ciertos patios de Tánger, ciertos rincones de casas ó de capillas de España ó de Italia, de una ejecución tan suelta y libre, de una atmósfera tan liviana y de colores tan ricos y sabrosos en las sombras ó medias sombras, que no parecen debidos á la misma mano que pintó otras telas (retratos y escenas religiosas), que siendo de grandes dimensiones, debían, lógicamente, ser ejecutadas con mucho más valentía y amplitud y que, al contrario, nos parecen mucho más frías, secas y tímidas que las que yo señalaba antes. Decía que este caso, al parecer tan extraño, ocurre sin embargo muchas veces: el ejemplo más ilustre que tenemos de ello, es el del muy célebre y justamente célebre Meissonier: se sabe que las obras de más movimiento, de vida más intensa y de luz más brillante de este gran pintor son las de tamaño más reducido; en una de las más prodigiosas, "Los jugadores de bolas de Antibes", que se debe medir, no por centímetros, sino por milímetros, las cabezas de los numerosos personajes que se agitan, con una vida intensa, en esta maravillosa telita, son poco mayores que una cabeza de alfiler, y todas esas figuras, sin embargo, están pintadas con tanta soltura que mirándolas con un cristal de aumento, las pinceladas dadas con un pincel compuesto quizás de un pelo, parecen brochazos de Rembrandt ó de Miguel Angel! A medida que va aumentando el tamaño de los cuadros de Meissonier, la ejecución se hace menos interesante, más lisa y banal, y si el dibujo queda siempre maravilloso y de una intensidad de vida, de una exactitud de movimientos que únicamente el gran artista alemán Mentzel, el autor de una obra sin par, la ilustración de la vida de Federico el Grande, ha igualado ó superado, en cambio, el color se vuelve más frío y pesado y el efecto algo seco y duro...

Poco tiempo después de la muerte del pobre Ernesto Molina, "El Mercurio" organizó una exposición de todas las obras del pintor que se pudieron juntar y en esa ocasión se pudo juzgar muy bien el conjunto de su labor pictórica, labor de artista serio, distinguido y honrado. Se veían ahí mezquitas árabes, escalinatas de palacios venecianos, tribunas de iglesias, interiores de capillas con sus altares y sacristías, rincones de patios y de claustros de conventos santiaguinos, estos conventos que demasiado pronto serán los únicos testigos de los tiempos pasados, los últimos rincones característicos que quedarán de Santiago: se veían, en una palabra, todos los estudios y recuerdos más queridos del artista, los de que él no había querido nunca desprenderse, porque eran la esencia de su talento y de sus aspiraciones artísticas. Ciertos bocetos y ciertas impresiones son para el artista como los sentimientos íntimos que florecen en las almas de los jóvenes; exteriorizados y entregados al público, pierden la mayor parte de su encanto; durante todo el tiempo que están escondidos en el fondo del corazón, son raros, misteriosos y deliciosos: el que los tiene así puede creer que son únicos y que nadie, antes, los ha sentido con la misma intensidad y con la misma delicadeza; son como las vírgenes que encierran en ellas, siempre nuevo, el mismo misterio de pureza y de ideal blancura, y que se banalizan al entrar en la vida práctica del matrimonio. ¡Ay del joven que no ha tenido en el alma estas flores, que se marchitan al ser descubiertas por casualidad! ¡Ay del artista que no ha tenido en los rincones de su taller algunas de estas impresiones que quería conservar para él solo, sin siquiera enseñarlas á nadie, porque sabía que cualquiera mirada profana ó indiferente sería como una especie de violación y quitaría para siempre, á sus ojos, la virginidad, la flor de ilusión, el especial y sutil encanto de estas obritas, que más que una imagen material representan para él un momento divino, una

sensación única! Nunca, por mi parte, he visto salir de mi taller, para ir á una exposición, no digo una de estas pequeñas impresiones íntimas, sino aún los cuadros definitivos, sin probar un sentimiento extraño de desafección y de rencor contra ellos: después de haber vivido tantos meses sólo de ellos, para ellos, su marcha para ir á entregarse al público me parecía una especie de traición de amigo, del amigo que el corazón cree haber acaparado para sí solo, descubriendo un buen día que en realidad éste nunca ha dejado de tener otras amistades, otras relaciones y otros intereses! y dejándole á uno más abandonado, más desilusionado y más pesimista que antes.

Molina tenía ese amor egoísta por muchas de sus propias obras y le tenía también por los objetos de arte que componían sus colecciones. El verdadero coleccionista tiene cierto modo instintivo de coger, de manejar, de palpar los objetos, con la misma delicadeza, el mismo cariño y la misma seguridad que una joven madre para manejar á un niño. Todos los sentidos participan en el goce que él experimenta: la vista, el oído, con las porcelanas y los cristales, el olfato con las viejas maderas y los cueros, el tacto con todo y particularmente con los géneros de seda y de brocado; es con sensualismo como el anticuario hunde sus manos en los cofres repletos de chales, de mantillas, de casullas, y que hace dar vueltas, buscando la mejor luz, á los jarrones, á los azulejos, á las copas de cristal de Venecia, y que acaricia los zahumadores y los mates de plata, y que separa las varillas de los abanicos de marfil ó de nácar. Ernesto Molina tenía todos los gustos, todas las manías del coleccionista, hasta los caprichos que le hacían, de vez en cuando, volverse casi indiferente por los objetos, antes los más queridos, cuando había olfateado, en cualquiera parte, algún bibelot raro, cuya conquista parecía difícil ó imposible; tenía también el instinto prodigioso y tan especial del anticuario, este instinto que, como la varilla mágica que indica la fuente escondida, hace adivinar, en la tienda más oscura, debajo de montones de vulgaridades, el objeto raro y precioso.

Más tarde, Molina tendrá que ocupar en la historia de los albores del Arte en Chile un lugar especial é importante, no tanto quizás por su obra pictórica, á pesar de que esa obra contenga cuadros y panneaux de verdadero mérito y de un arte refinado, sobre todo en sus telas árabes é italianas, como por lo que hizo por elevar el nivel del gusto y despertar la inteligencia artística, enseñando á tantas personas á comprender, á apreciar y á admirar los objetos preciosos del arte antiguo, que él había sabido encontrar y reunir. La educación del gusto no se forma con lecciones puramente teóricas: una visita de una hora en el taller de Molina era, para una persona culta y de instintos distinguidos, pero á quien había faltado sólo la ocasión de ver y de conocer las cosas, una verdadera revelación que la podía orientar definitivamente hacia el camino del buen gusto y del refinamiento... y muchas fueron las personas de tales condiciones que visitaron ese taller y que habrán conservado de sus visitas un recuerdo inolvidable y una impresión imborrable.

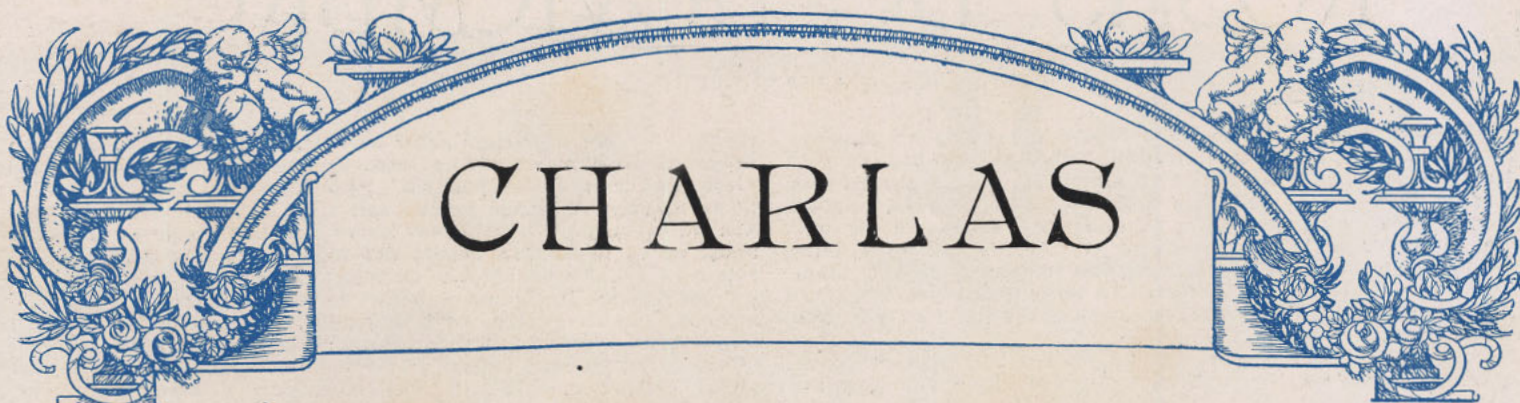
Ahora ¡ay! todos estos objetos que no se pudieron conservar juntos como habría sido el deseo de varias personas de alta cultura, que querían iniciar con ellos la formación de un museo histórico, arqueológico y de arte antiguo, cuya necesidad, para la educación del gusto general, se hace sentir cada día con más fuerza, todos estos objetos han sido dispersos á los cuatro vientos. Hay pocas cosas tan tristes, en el orden intelectual y artístico, como el brusco desmenuzamiento de esta entidad compuesta de tantos elementos, pero que llega á tener una personalidad viva y animada que se llama una colección. No sé qué autor ha dicho, en un cuento fantástico, que las cosas también tienen sus almas, pequeñas almas bien sencillas, pero reales; ver arrancar de pronto estos objetos del medio al cual se habían acostumbrado, de la atmósfera especial que se había formado al rededor de ellos y de sus compañeros de colección, de la sala en que habían sido queridos, festejados y acariciados produce una expresión de tristeza y parece una profanación.

Y cuando á esta impresión de melancolía general se junta, como en el caso presente, el recuerdo del amigo que, con tanto amor y tanta pasión, había formado esa colección, que se hacía tantas ilusiones con ella y que en pleno vigor, en la fuerza de la edad, ha sido tan brutalmente arrancado á su familia, á su arte, á sus amigos, la melancolía se transforma en una honda pena y en un cierto amargo desaliento...

Sin embargo; todos los objetos que compusieron esa colección y que se encuentran ahora repartidos en muchos lugares distintos, iniciando quizás nuevas colecciones, ó incorporándose á otras ya existentes, servirán—y eso es un consuelo—á difundir las ideas de cultura y de refinamiento cuya manifestación más delicada es el gusto y la comprensión de los objetos de arte antiguo, cuyo iniciador y más entusiasta propagandista en Chile —esperamos que eso no se olvidará y será uno de sus títulos de gloria—habrá sido Ernesto Molina.

RICHON BRUNET





Los estudios de Filosofía se ajustaban en mis tiempos de colegial al mismo sistema que la generalidad de los demás: á la lección de memoria. Nuestro profesor explicaba lo dicho; pero se ceñía siempre al texto, y nunca nos hizo discurrir, ni se salió tampoco del programa oficial de materias.

En el curso de Humanidades tuve cinco profesores que manifestaban interés por la enseñanza y que no eran esclavos de los textos: los señores Gaspar Toro, Isaac Ugarte, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Diego A. Torres.

Don Gaspar Toro fué el primer profesor que relacionó la historia con la geografía. Para explicar la lección sacaba al alumno á la pizarra, y puntero en mano el alumno iba marcando en el mapa los sitios históricos. Tan poco preparados en geografía solían llegar á la clase del señor Toro los muchachos, que hubo más de uno que no supo señalar la ubicación de Chile en un mapa-mundi.

El doctor Ugarte en su clase de Historia Natural prescindía casi en absoluto de las clasificaciones: ocupaba ocho meses en enseñar lo relativo al hombre. Sus explicaciones eran notables por la claridad y el colorido. El doctor habría entrado, á permitírselo el Consejo de Instrucción, en otro campo de la mayor importancia—en la higiene, y sobre todo en la profilaxia de ciertas enfermedades;—pero con criterio de pudor medioeval, se le encargó más de una vez que no lo hiciera. El Congreso Científico que se reunió en Santiago, en 1908, votó unánimemente por la inclusión de esa materia en el programa de enseñanza secundaria.

Don Miguel Luis Amunátegui dedicaba media clase á la recitación, por los alumnos, de piezas clásicas de la literatura universal. No entraba en largas explicaciones, de suyo poco fáciles en materia de arte y gusto, pero con el estudio de los modelos nos habituaba al empleo de las buenas formas literarias.

Don Diego Barros despreciaba el estudio de memoria; su clase—Historia de la Literatura—era una conferencia continuada, en la que él se lo hablaba todo. Era tan amena la clase, que se necesitaba ser muy bruto para no estar pendiente de la palabra de don Diego. Pero el profesor, más que profesor era propagandista liberal—á su manera—y trabajaba sin cesar en hacer librepensadores de todos sus alumnos. A esa clase le deben el partido

radical y el doctrinario la mitad, por lo menos, de su personal dirigente y más convencido. Don Diego era un ariete tremendo, tenía temperamento de apóstol, y á través de su cáscara amarga, un poco de la risa de Voltaire. Carecía de gusto literario; en él valía más el estudio que las facultades naturales, y podían más las conveniencias de escuela que los dictados de la imparcialidad.

Don Diego Torres era un gran profesor de Física: muy claro en su explicación, sencillo en el método, sensato en la elección de las materias de enseñanza. Como don Diego Barros, no daba puntada sin nudo, y haciéndose el leso, le disparaba el golpe de gracia al muchacho que ya salía descreído de la clase profesada por Barros Arana.

Precisamente por el giro que estos profesores imprimían á la enseñanza, y por la manera como inflúan en el desenvolvimiento del espíritu de sus alumnos,—muchachos todos, con el cerebro á media madurez, y con natural tendencia á tomar el rábano por las hojas—se hacía muy sensible la falta de una clase de Moral, llamada á reemplazar el lastre que el alumno perdía con perder la fe religiosa. La dirección superior de la enseñanza parecía creer entonces que la moral es fruto espontáneo de la naturaleza, y que la instrucción basta para darle desarrollo. Ese error, que todavía subsiste, y que es de los crasos, ha contribuido con enorme cuota al pudridero que hoy infecta la vida de Chile, así entre los hombres públicos como entre los hombres de negocios. Como si la moral fuese enemiga del libre pensamiento, ó sabe Dios si aliada del criterio conservador, se vaciaban y se siguen vaciando carretadas de bachilleres sin otra moral que la del ambiente, mala de ordinario, y hoy en Chile la peor de todas las morales.

En mis tiempos de colegial, sea por el progreso de la pedagogía, sea porque el Fisco empezó á tener buenas rentas, se dió comienzo á renovar el material escolar. Los laboratorios y gabinetes se enriquecieron; y las nuevas bancas, cómodas y limpias, reemplazaron á la antigua banca de ángulo recto y de palo duro, á menudo llena de dibujos obscenos, hechos á lápiz ó cortaplumas. De lo mismo estaban cubiertas las paredes de los encierros, y aún de algunas de las salas, y como si no fuera bastante, los niños solían continuar con esos dibujos en los muros

de las casas. No tengo recuerdo de que profesor alguno nos dijera que aquellos dibujos denotaban vulgaridad y salvajismo.

Eso se explica por el criterio de entonces—que aún perdura en sistemas y profesores—de considerar que la instrucción puede y debe prescindir de la educación. En el mismo error están hoy todos los febricantes por la ley de instrucción obligatoria.

De análoga manera se explica el recargo enorme de que adolece el plan de estudios secundarios. En el recargo mismo ya hay un mal; mal que se agravaba en mi tiempo con los malos textos, con los malos métodos y con los malos profesores. Y nada queremos atribuirle á la materia prima, ó sea al alumno, que si bien es por lo general despejado, es prematuramente despejado; y, por índole de raza, poco respetuoso del orden, de la ley, de la autoridad; poco estudioso, negligente, imprevisor, y naturalmente inclinado á la injusticia y por ende al criterio de conveniencia.

De los mismos defectos de que adolecía en mis tiempos la enseñanza secundaria, adolecía también la profesional. De allí el fenómeno curioso de que obtenido un título de carrera, se encontrara su poseedor enteramente amarrado para trabajar: la cabeza llena de ideas, llena de ambiciones, vacío el bolsillo y á veces el estómago, pero la vista vendada para poder caminar en busca del pan.

En ese período que llaman el noviciado, es en donde se pierden muchos profesionales. Se encuentran, por su mayor instrucción, fuera de su medio; por sus ambiciones no satisfechas, se inclinan á los partidos extremos; por su falta de moral y de experiencia, no distinguen entre el buen camino y el malo; y como el hambre aprieta y la ambición punza—y como por ciegos que sean tienen que ver que en Chile no hay sanción social—un buen día se lanzan por el atajo, sin más precaución que la de no caer al campo del Código Penal.

Es esa la peor clase de bribones, tanto porque es la más numerosa, como porque anda libre por las calles. Y menos mal si sólo anduviera por las calles: en esta tierra de compadres, de tapujos y de sedicentes caballeros, se la encuentra también en los salones, en los clubes, en las Cámaras y en el Gobierno.

ROSAS DE NOVIEMBRE

(IMPRESIONES)

BLANCAS, rosadas ó thé.... me refiero á las que en este día manos cariñosas ponen como recuerdo sobre las tumbas.

No me gustan las flores sobre un ataúd. Me parece mucho más severo la caja lisa y sola. Las flores vendrán después, cuando el recuerdo se haya purificado, cuando la memoria del ser que se va, al través de la distancia, esté ya libre de contactos mundanos, y quede tan sólo en nosotros una imagen querida y blanca. Entonces, las flores, entonces estas rosas de Noviembre arrojadas sobre una lápida como demostración de un recuerdo que no ha muerto.

La naturaleza parece que marcha en armonía con el sentimiento. Se aproxima Noviembre en nuestro clima suave, y los rosales empiezan á brotar. Llega el día de los muertos, y ya las rosas se nos muestran en profusión, generosas, exuberantes de perfume y belleza, para marchitarse en un día, en un momento, á veces, y quedar sobre las lápidas de los sepulcros como una desfloración melancólica.

Rosas de Noviembre, destinadas á llevar en sus delicadas corolas el llanto de una madre, el recuerdo de un hijo, el beso postremo y sentimental de un amante, guardado en el cáliz blanco de una flor como en una cajuela perfumada y frágil que cae en una lápida y ya se rompe.

Cruzo las avenidas del Cementerio como en un viaje sentimental y dulce. No es tristeza amarga la que se siente aquí, entre los pinos, las acacias y las altivas araucarias, sino más bien una serena satisfacción de la vida, un deseo de ser bueno, de amar, de amar á todo el mundo, de "querernos los unos á los otros", como aconsejó el Cristo, ese mismo que veo ahora en una imagen de bronce al final de una de estas avenidas, besado su cuerpo exangüe de Redentor por la luz ámbar de la tarde.

Una atmósfera de aromas de azahares me envuelve, casi me embriaga. Este aire embalsamado por la blanca florecilla emblemática, me trae un mundo de sensaciones gratas, de visiones acariciadoras. Marchando al lado de los naranjos, oigo como caen, entre las hojas, los pequeñísimos pétalos carnosos, acompasadamente, como si mujeres ocultas entre el ramaje deshojaran las corolas estrelladas en un incansable "me ama.... no me ama...." Acercándome más, oigo un ruido adormecedor, **run-runcar** característico de siesta de estío.... ¡Ah! ya he descubierto á las mujeres que deshojan azahares, y son rubias y á cada flor van robando un poco de miel: son las abejas, que, al chupar el néctar y pasar á otra flor, inconscientes deshojan pétalos haciendo la comedia del amor: "Me ama.... no me ama...."

Muy cerca, y por esa misma avenida de naranjos, alrededor de una tumba, veo un cuadro interesante. Es un sepulcro nuevo, á flor de tierra, circuido por una rejilla plateada. Tres mujeres jóvenes y de corta diferencia de edad entre ellas, colocan flores en la amplia lápida. Sobre la rejilla han dejado sus mantos para estar más en libertad. Aparecen bellísimas, llenas de vida, un po-

co agitadas por el último calor del día, mostrando sus talles en holgadas blusillas de medio luto. Hablan "del papá, que si las viera, qué contento se pondría" ;Qué lejos está de ellas la idea de la muerte! Y tienen razón: son ellas en ese instante la imagen de la vida bella y buena. Sobre aquellos dieciocho ó veinte años, no es la sombra helada del sepulcro la que pasa, sino la sombra,—dorada de alegres manchas de sol,—de un rosal vecino que parece inclinarse á besar aquellas cabezas pobladas de gratos ensueños. Cerca, está la madre, joven todavía, un poco triste, acaso en ese instante asaltada por un recuerdo más penetrante del muerto, tal vez la remembranza de aquel día lejano en que de novios, él la dijo en el cementerio: "Cuando yo muera, ¿vendrás á dejarme flores?" Mira la tarea de sus hijas, entristecida por aquella nubecilla de sentimiento.

A una de ellas se le ha caído una cinta del pelo sobre la lápida. La recoge, y mientras se la prende de nuevo con una horquilla que tiene graciosamente entre los dientes, mira distraída al banco en que me he sentado.... La veo así: alzados sus brazos en dos graciosos ángulos, la horquilla entre sus dientes y su busto erguido y frágil.... No sé por qué en este instante el aroma de los azahares tiene para mí más encanto, un significado más preciso....

¡Misterio de ciertas imágenes vistas en ciertos instantes! Pues bien, ésta del Cementerio, vista así, durará algún tiempo... ¿Por qué? Tal vez ese cómplice aroma de azahares.... contribuya.... Tal vez será porque muchas veces amamos en la vida sin saberlo....

Continúo mi paseo sentimental. Camino hacia fuera, á donde están los sepulcros pobres señalados por una cruz y una ampolleta de tierra, húmeda á veces cuando recién ha caído alguien....

Veó á una pobre mujer y un niño que buscan una sepultura para ponerle un manojillo de rosas rojas y flores amarillas.

Veó á una pobre mujer y un niño que buscan una sepultura para ponerle un manojillo de rosas rojas y flores amarillas.

—Aquí estaba, dice la mujer. Tengo la seguridad de que aquí lo dejamos. Y se detiene en un sepulcro con un número.

—¿A quién? pregunto.

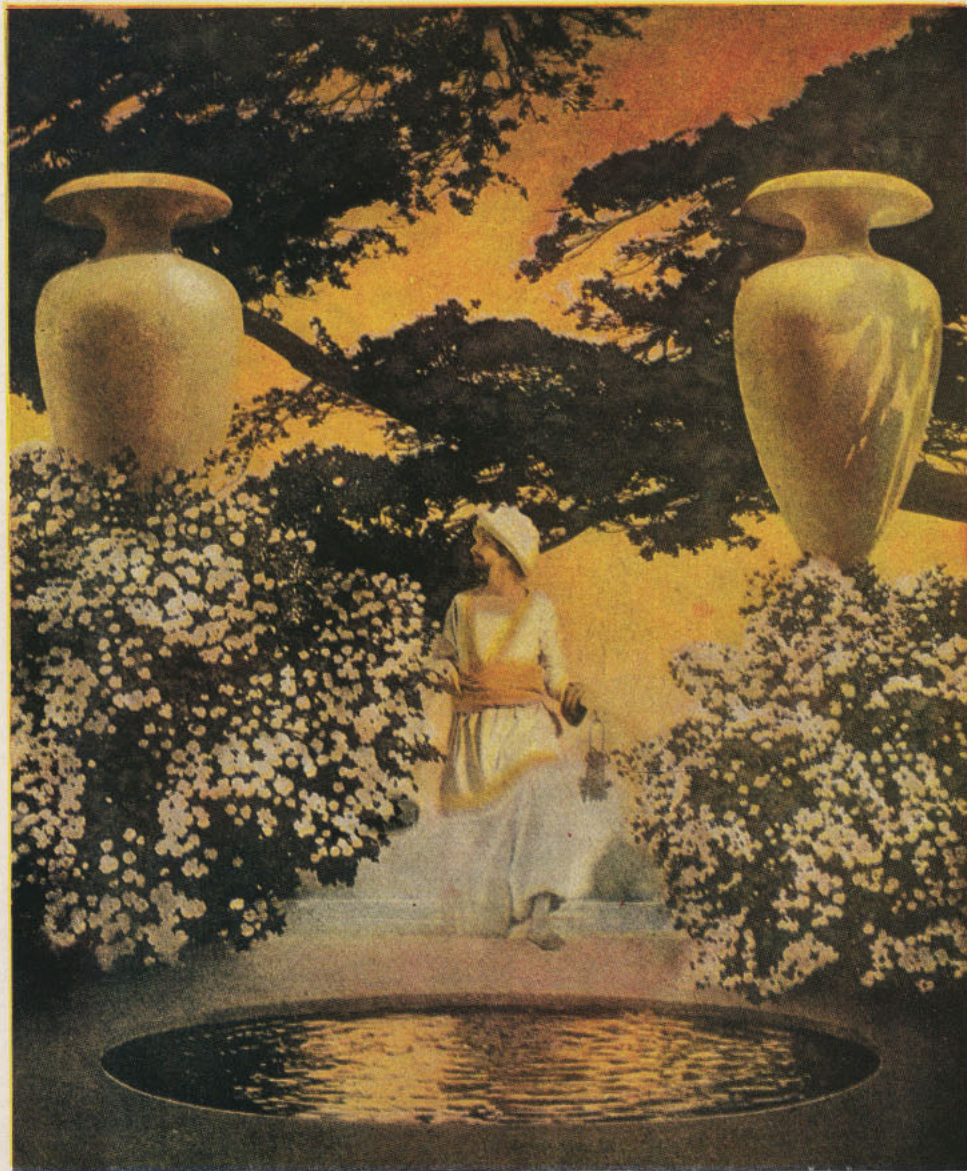
—A él, señor, á mi marido. Hace cuatro años lo enterramos aquí.... Este niño no se acuerda: estaba muy chico.... Lo hemos buscado toda la tarde....

—¿Cuatro años?... pregunto, y pienso que en todo ese tiempo, quién sabe á dónde se habrán llevado á aquel muerto; pero guardo silencio al ver que satisfecha pone con cariño el manojillo de flores, medio marchitas por la larga marcha al través de todo el cementerio, sobre aquella humilde fosa que será quién sabe de quién....

Quiero decirle de nuevo que con seguridad su marido ya no está ahí; pero la veo que con tanta ternura y solicitud, ayudada por su niño, extiende sobre la tierra sus pobres rosas, que pienso:

—"La fosa puede ser otra.... pero su anhelo, su esperanza están satisfechos...."

¿Y tiene alguien derecho en el mundo á matar una ilusión?....



EL JARDIN DEL SULTAN.—Cuadro de Maxfield Parrish

GABRIEL DEL MAR

LA AMENAZA



El gentío se fué desparramando como nube...

SONARON las campanadas del medio día y de allí á poco la puerta comenzó á despedir, en oleadas de marea humana, la muchedumbre cansada y silenciosa que componía el personal de los talleres. Nadie hablaba, no hacía el varón caso de la mujer, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenía á jugar. Los fuertes parecían rendidos, los jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fué desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fué Gaspar Santigós, alias el Grande ó Gasparón, porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíanle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco; y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó á andar por la sombra de una tapia, cruzó dos ó tres calles, atravesó una plaza y, metiéndose por pasadizos y solares para acortar distancias, vino á desembocar en un paseo de olmos gigantescos cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeñuelo alargó las manecitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta y partía la dorada libreta, ella sin dejar de mirarle, apartó á un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

Cuando sonaron á lo lejos las campanadas de vuelta, echó el último trago, lió un pitillo, dió un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo y, oprimiendo rápidamente el talle á la muchacha como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Transpuso la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventana tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban á borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y á lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcían cruzándose, y giraban vertiginosamente como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y

de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado á cantos de mujeres.

Al término de aquella nave había otra igual y, salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba Gasparón por la mitad del puentecillo, vió que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado á la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosto pasadizo, Gasparón, encogiéndose el cuerpo, se hizo á un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso, suspendido sobre el abismo, y sin lugar á donde sentarse. Gasparón, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró á ella con tal fuerza y tal ansia, que hizo vacilar al obrero. Este, al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, y alcanzándole un radio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano. El muchacho dijo luego que, á pesar del terror, oyó un crujido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquél hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos; arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido á la violencia del dolor.

Recogieronle sus compañeros, y por no tener enfermería en la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fué larga: en ella se gastaron, primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la Caja de resistencia en huelgas. En nuevo trabajo no había que pensar, porque el brazo perdido era el derecho.

Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de Gasparón se presentó á la pagaduría de la fábrica.

Era una habitación pequeña dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia y leyendo un periódico, sentado junto á una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en unos grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

—¿Qué traes tú por aquí? dijo una de los escribientes al acercarse la mujer.

—¿Cómo ha quedado Gasparón? preguntó el otro.

—Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

—¿Y á qué vienes?

—A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó á pasar hojas, murmurando:

—Gaspar... Gaspar...

—Está por Santigós. Nave de taladros, sección segunda, dijo la mujer.

—Es verdad: Gaspar Santigós, aquí está.

—Ese es, añadió ella suspirando.

El escribiente se puso á hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

—¿Había cobrado la semana anterior?

—Sí, señor.

—Pues son... deben ser...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar á la mujer preguntó:

—¿Qué día fué eso?

—El 20 pasado: Miércoles, á las dos, contestó ella tristemente.

—Pues poca duda cabe, repuso el caballero; Lunes, uno; Martes, dos; Miércoles... dos días y medio, que á cuatro y media de jornal... son once pesetas con veinticinco céntimos.—Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Saló llorando la muchacha; y aún se oía el ruido de sus pasos, cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

—No se le olvide apuntar que Gasparón es baja.

Cuando los obreros supieron que á Gasparón se le habían pagado dos días y medio, corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó á la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la taberna del Francés, y, para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

Gasparón contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la reunión, no dejó de molestar á los amigos pidiendo que le desliaran cigarrillos, porque aún no estaba acostumbrado á valerse con una sola mano.

Una lámpara sucia, que apenas daba luz, ardía inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veían cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecían salir de entre sombras, como protestas y amenazas anónimas.

—Llevo cincuenta y dos años de taller, dijo el que habló primero, y sé más que vosotros; porque he recorrido muchas fábricas; entré á los doce... Siempre he dicho que lo mejor sería obligarles á sostener á los que ya no pueden trabajar. Si no, ya lo veis; callos en las manos y la tripa vacía.

—Yo, con menos años, dijo otro, tengo más experiencia: ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no queda fábrica con crédito.

—Ni obrero con pan.

—¡Las ocho horas! exclamaron varios al mismo tiempo.

—¡Buen consuelo! ser perros ocho horas en vez de nueve.

—Aumento de jornal.

—Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

Entonces se oyó una vez que no había sonado aún: una voz que delataba un cuerpo chico y una voluntad monstruo.

—Aquí no hemos venido á discutir, sino á vengarnos. ¿Teneis coraje? ¿Sí, ó nó? Yo sé dónde hay tres cartuchos de dinamita, de á dos kilos y medio; uno para el almacén de modelos, que es lo que vale más; otro para la casa del amo, por la parte de atrás, donde tiene la familia... y el otro se guarda para cuando haga falta. Echamos suertes, y á quién le toque, aquél los pone.

Un silencio prolongado siguió á la horrible proposición. A unos les asustaba la idea del estrago; á otros el terror del castigo; con la voluntad, casi todos fueron cómplices; ninguno dijo: "Yo me atrevo".

De pronto se levantó Gasparón, dió dos chupadas al pitillo y, colocándose bajo la débil claridad de la lámpara para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

—Todo eso es inútil, ó es infame. ¿Montepío ni pensiones, con dinero de ellos? Estais soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para hociocar en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo? Lo de los cartuchos, es una salvajada de cobardes: ¡por cuenta mía no se asesina á nadie! Dejad á mi cargo la venganza, que será buena y larga...

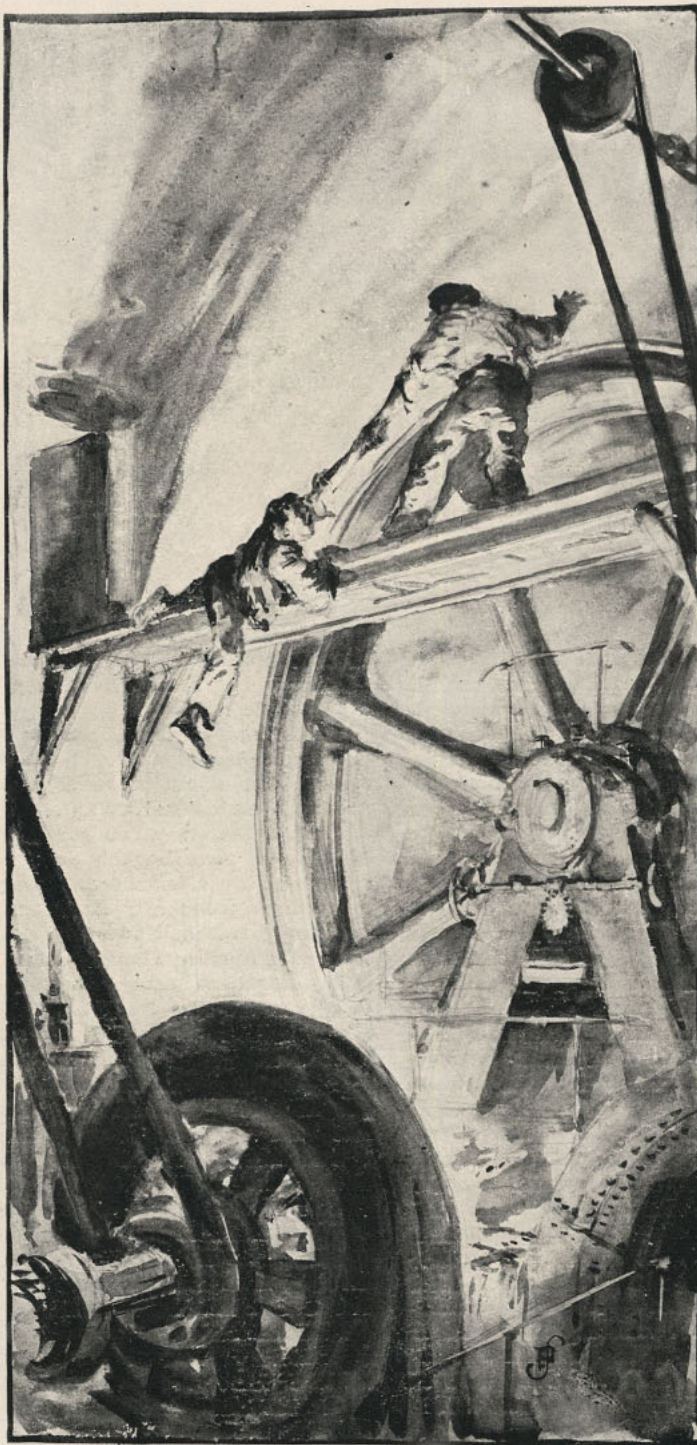
Unos refunfuñando, y otros de buen grado; por miedo los pusilánimes, y los exaltados porque en los ojos de Gasparón adivinaron algo tremendo y misterioso, todos accedieron á su ruego; y la reunión se disolvió en seguida, semejante á una de esas tormentas que llevan en su seno el rayo y no lo lanzan á la tierra.

Al día siguiente, Gasparón se puso á pedir limosna al pie de la soberbia casa donde vivía el fabricante. Allí está siempre junto á la verja de remates dorados, cerca de una ventana tras cuyos cristales caen en amplios pliegues los cortinajes de seda: allí se le ve de sol á sol, mostrando el muñón cicatrizado, destacándose el bulto harapososo de su cuerpo sobre la fachada de mármol, y llevando siempre colgado al cuello un cartelillo en el que se leen estas palabras: Inutilizado en la

fábrica de don Martín Peñalva. Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, cuanto se ha intentado ha sido en balde. Allí está cuando el rico, nuevo señor del feudalismo moderno, sale á sus placeres y á sus agios; cuando su esposa vuelve de rezar, y cuando sus hijas van á saraos envueltas en primorosas galas.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio, es una afrenta viva... Y es también una tremenda profecía.

La mano con que pide, parece que amenaza.



Gasparón, más cuidadoso del peligro ageno que del propio, le tendió una mano...





Señorita
JULIA GANA EDWARDS

El fin de Nápoles

LEYENDAS NAPOLITANAS

HE aquí, hermosa y paciente lectora, que has llegado al final de mis historias fantásticas y que sonríes, en tanto que yo, pobre autor, trato de explicarme lo que significa el fulgor sombrío de tus ojos y la irónica expresión de tus labios purpurinos como la flor del granado. Y acaso comprendo, impenetrable esfinge de rostro puro y mármoleo, el significado de tu sonrisa muda é inteligente.

Estas historias fantásticas, en las cuales se refleja una gran parte de la vida napolitana; estas historias no te han asustado; y si bien tu imaginación se ha ido tras los fantasmas inasequibles, —el duende ó el genio familiar—tú no has sentido miedo.

Estas historias son viejas; algunas de ellas, demasiado antiguas, pertenecen al lejano pasado que no vuelve; han vivido y están muertas; han sido dramas humanos y se han convertido en vanas palabras, en oscuras tradiciones. De ellas queda á veces un cuadro, una estrella, una iglesia, una tumba, un bosque; á veces un simple recuerdo, á veces nada más que un nombre; pero allí está el pasado. Y tú, orgullosa lectora, sonríes al presente, sonríes al porvenir, caminas hacia la luz y la alegría y no quieres echar una mirada atrás. Consientes en leer estas leyendas del pasado; pero las sirenas, los caballeros, las damas, los monjes, los gordos burgueses, los pálidos poetas no despiertan en tí sino una piadosa sonrisa; todos ellos han muerto, mientras que Nápoles, su mar glauca y sus rientes colinas floridas están vivas, eternamente vivas como el amor, la belleza y la juventud....

Yo lo sé.

Pero yo quiero castigarte, lectora, por la burla sarcástica que haces de las sombras queridas, de los espectros adorables, ó de las terribles larvas que reposan en la tradición y en la imaginación populares; quiero castigarte, pérfida lectora, al contarte la roja leyenda del porvenir, quiero extinguir tu punzante sonrisa, hacer palidecer tus mejillas, poner calofríos en tu carne de mármol y hacer palpar de miedo un alma liviana.

Hoy día la ciudad es hermosa porque Dios lo quiere, pues los hombres se preocupan bien poco de adornarla. Se atavía de flores, pero es pobre; sonríe, pero su túnica de púrpura está desgarrada y apenas cubre sus bellos hombros. Es alegre, pero sus calles son sucias y están llenas de desperdicios; canta y danza en sus playas perfumadas, pero los navíos de redondos flancos cargados de preciosas mercaderías, aún llegan á sus puertas. Ve cubrirse de palacios sus colinas, pero la gris humareda de los vastos talleres no sube todavía al cielo como un sagrado incienso. ¡Qué importa! Ese día bendecido llegará y entonces la ciudad será santificada. Piensa, ¡oh, querida alma poética! en la feliz unión del arte y de la naturaleza; piensa en la celeste armonía

del hombre y de su obra; piensa en que la ciudad será hermosa y buena, toda blanca bajo el sol, sin una mancha, sin un harapo. Entonces, entonces....

¡Oh, lejano porvenir. ¡Oh, día espléndido que, como aquel de Fausto, merecerá ser detenido al pasar....

Yo lo sé.

Pero la divina ciudad que amamos debe desaparecer. La creemos inmortal y está dedicada á la muerte; la creemos eterna y su vida es tenue como la de un niño. Debe morir, morirá. Y habrá que decir al pasajero pensativo y melancólico: "¡Aquí era Nápoles!"

Podemos darle todo: el trabajo que la ennoblece, el comercio que la hace rica, el agua que la refresca, el sol que sana sus calles, pero no podemos retardar su fin. Es una ninfa sonriente, rosada, trémula de vida, pero no vivirá largo tiempo. Lo dice la leyenda profética, leyenda que es repetida de boca en boca, que circula por las calles, que entra á los almacenes, que sube hasta los salones de la nobleza.

¿Ves esa colina al pie de la cual se extienden esas hermosas poblaciones bañadas por el mar y cuyos flancos están cubiertos de pámpanos y benéficas viñas? ¿Ves esa colina estriada de fúnebres rayas negras? Ella es la que dará á Nápoles la muerte; por lo menos es lo que dice la leyenda profética. El fuego líquido arde, salta y espumea en las entrañas de esa colina y se



Nápoles, su mar glauca y sus rientes colinas floridas están vivas, eternamente vivas como el amor, la belleza y la juventud....



Es alegre, pero sus calles son sucias y están llenas de desperdicios....

acumula para el día funesto; en torno, una pequeña nube de humo blanco apenas si demuestra el profundo trabajo subterráneo.

Las bigas y las cuadrigas corrían por las calles de Pompeya; los bellos adolescentes de blancas túnicas y las dulces doncellas de túnicas candidas amaban la claridad rosada del sol; las seductoras heteras se vestían con gasas y se perfumaban con nardos; los jóvenes y los viejos iban al Foro, á las Termas, á los teatros; colgaban coronas en las puertas de las casas, y sin embargo, la montaña quiso que Pompeya la Hermosa fuera destruída; y cuando la montaña lo quiera, Nápoles morirá también....

Y esa colina que miramos con admiración, casi con cariño, porque tiene una gran parte en la belleza del paisaje napolitano, esa colina será nuestro verdugo.

Y nadie sabrá la hora ni el día. En la ciudad, el ruidoso gentío se entregará á sus ocupaciones habituales, correrá adonde el placer lo llama, irá adonde el dolor lo reclama, amará, odiará, jugará, llorará, vivirá, en

suma, como si nada aconteciera. En el cielo sereno brillarán las estrellas; en el aire liviano se elevará el mismo penacho de humo. Luego aparecerá sobre el cráter un punto rojo, como una antorcha encendida allá arriba, como un carbunclo ardiente. Los napolitanos alzarán los hombros y murmurarán:

—¡Es lo de siempre!

La erupción crecerá con mucha lentitud; los hombres de ciencia de entonces constatarán los fenómenos y anunciarán que todo va á pasar; pero la erupción crecerá siempre, continuamente. Un rodar subterráneo comenzará á hacer temblar los vidrios de las casas; tres ríos de lava ardiente se deslizarán á lo largo de la montaña; el cielo sombrío se teñirá de púrpura, el fondo del mar se pondrá rojo y los extranjeros acudirán á contemplar el admirable espectáculo, mientras los napolitanos se agruparán sobre el Molo, en Santa Lucía, en Mergillina, sobre las terrazas, sobre las colinas.

Pero los habitantes de las poblaciones que se encuentran sobre la colina, huirán á la ciudad, en donde serán recibidos con los brazos abiertos, y la lava continuará fluyendo siempre. Nuevas bocas se abrirán y el torrente inflamado llegará á Resina....

✱ ✱

Pero los napolitanos no temen nada: el Vesubio es su amigo y quiere divertirse; es un viejo gruñón, pero que se calla pronto.

Y luego, ahí está San Genaro, que con su Cedo levantado en ademán imperioso, ordena á la lava que no avance; y el cardenal arzobispo de Nápoles hace pasear por las calles la estatua de plata del santo y su preciosa sangre, conservada en una ampollita de cristal. Se reza en las iglesias humildes.

✱ ✱

Una mañana, sin embargo, el sol se apaga. Una espesa neblina gris oculta el cielo y cae ceniza; los napolitanos sonríen aún, y van á sus negocios bajo esta lluvia extraña. Pero, al día siguiente, el tronar se hace tumultuoso, los sacudi-



Y sin embargo, la montaña quiso que Pompeya la Hermosa fuera destruída....



La erupción crecerá con mucha lentitud....

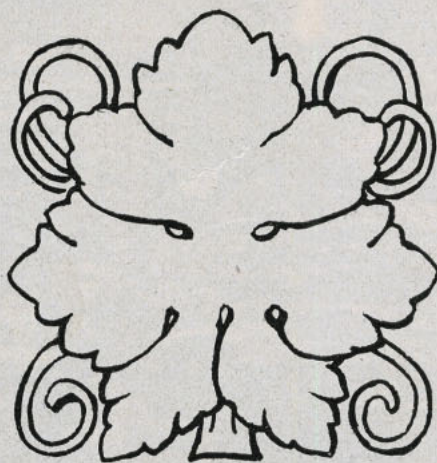
mientos del temblor se suceden con intervalos regulares, horribles convulsiones sacuden la montaña cuyos flancos están cubiertos de bocas ardientes; las corrientes de lava se unen, se mezclan, se confunden, convirtiéndose en un río único que empuja hacia Nápoles sus ondas solidificadas y llameantes. Un sofocante aliento azufrado envenena el aire, llueven cenizas calientes y pesadas, llueve agua hirviendo, llueven piedras, llueve la muerte sobre la ciudad.

Entre los clamores desesperados de los agonizantes, entre el crujir de las casas que se desploman, entre el horror del terremoto, entre la horrible tempestad que agita el mar, entre los sangrientos relámpagos, la lava triunfante y victoriosa entra a

Nápoles, y Nápoles concluye de morir en un incendio colosal.

¿Qué? ¿Todavía sonríes, orgullosa criatura? Te comprendo, porque leo en tí como en un libro abierto. Piensas en lo que yo pienso. Sonríes a esa muerte, porque Nápoles, que fué creado para el amor, que ha vivido en la adoración de los colores esplendentes, de la música apasionada, de los cálidos perfumes y de las noches de embriaguez; que ama la violenta voluptuosidad de la naturaleza y la dulzura de los besos; esta ciudad ardiente sabrá morir con dignidad, en la rutilante apoteosis de un océano de fuego.

MATILDE SERAO





CAMPO, PLAYA

EMBALAJE Y

Provisiones, Conservas, Licores finos. Por mayor descuento 5 por ciento. Toda mercadería puesta libre estación Alameda.

Importadores HAYES y Co.
CALLE ESTADO ESQ. AGUSTINAS
Casilla número 6



No se necesita ser un Morgan para convertirse en un hombre elegante. Basta estar bien enterado de donde le conviene hacer sus compras. Nosotros le ofrecemos artículos de novedad y de buen gusto, y le garantizamos que ha de



gastar 50% menos y comprará artículos **Superiores por todos conceptos :: ::**

Saxtería, Popa Becha, Camisería y Sombrería

La Matritense

ESTADO 98 esq. MONEDA

GARCIA y PALACIO



PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION



Existencia permanente de **250** Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago:

ADOLFO CONRADO, Estado 375

VALPARAISO

Deposito en Concepción:

ADOLFO STEGMANN

El mejor tocador automático de piano: LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir. de escritura muy visible

Cosme Vitagliani & Co

Importadores de Casimires

Perú — Chile — Ecuador

Valparaíso

168, Vicería, 168

Santiago

111, Estado, 111

Siempre nuevos arribos.

Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.

Constantemente enorme surtido.

Ventas por mayor y menor a precio sin competencia

111, Estado, 111

casi esquina Moneda

Casa Grain Band

Importadora de

Gramófonos

y Fonógrafos

de las principales marcas del mundo.



Discos cantados por los principales artistas del mundo.

909, Huérfanos, 909



Sastrería L. Correa

Recibe constantemente las ultimas novedades directamente de Londres.

Especialidad en obras de lujo.

Catedral, 1285

Las Novedades Parisienses

Especialidad de Artículos para Señoras

— Taller para Vestidos a cargo de M. A. Kamiski ex-cortador de las afamadas casas parisienas Bechoff, David y Chary

Gran depósito de Alfombras de una pieza y del afamado Guante Sublime; se devuelve el valor de todo par que no resulte perfectamente bueno. Torre Kamuló Estado esq. Pasaje Matte

Agua de Colonia de Flores

A tres pesos litro, media botella un peso 50¢



Quince mil litros de produccion al año. No fué enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson

Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50¢

Laboratorio Perez Barahona

Batal. Fernandez Concha, 915 - Casilla N.º 2146 - Santiago



puede Ud decir que, donde Riddel encontrarán el mejor surtido para Señoras, Caballeros y Niños.

266, Estado, 266

La Pelajería y Joyería

de

José Huber y Cia

está a disposición del público.

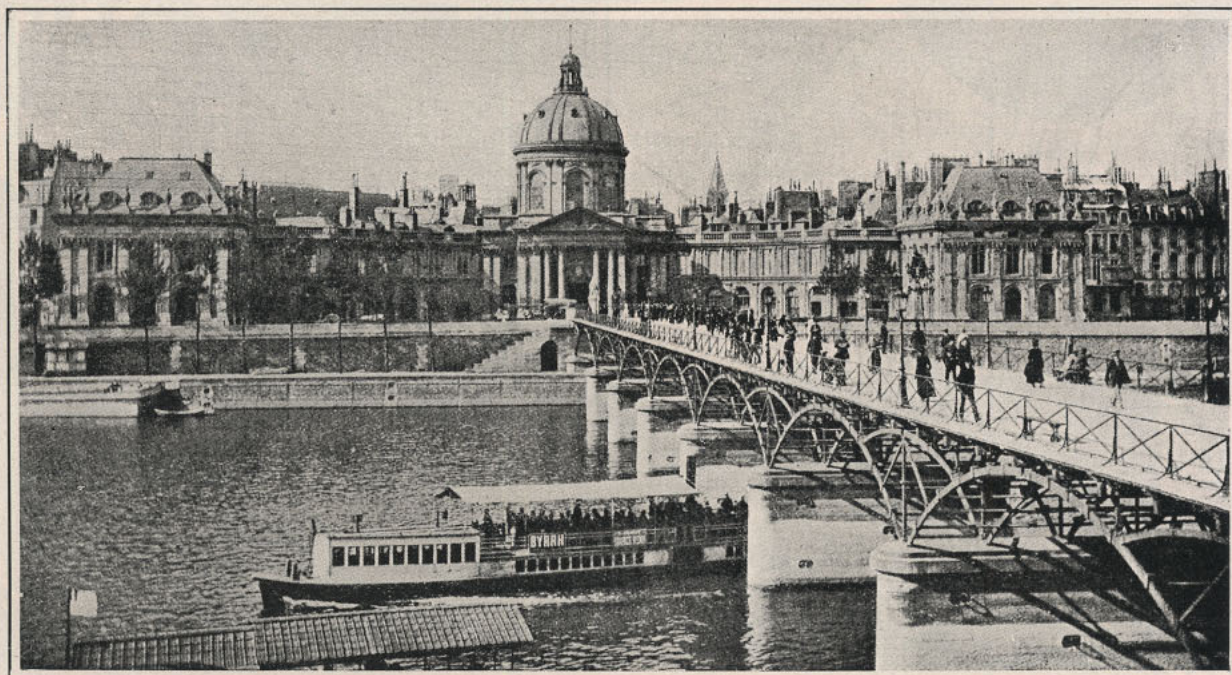
323, Ahumada, 323

al lado del Hotel Cidco



La Malla Pouget

Ultima creación de la Maison Pouget



“SELECTA”

Sumario correspondiente á Febrero de 1910

	Págs.		Págs.
HECHOS Y NOTAS, L. Orrego L.	348	VISTA de uno de los pabellones de la Exposición	357
UNA COMIDA EN CASA DEL ALMIRANTE BLANCO		GAVARNI, retrato de Himself	358
ENCALADA, Va Guerra	350	GAVARNI, caricaturas	359
RECUERDOS DE OTRA EDAD, Mi entrada á la vida		LA PLANCHADORA, por Gavarni	360
literaria, E. Nercasseau y Morán	356	EL CORAZON DE UNA GEISHA (ilustraciones en co-	
CONVERSANDO SOBRE ARTE.—La caricatura y los		lor) pág. 361, 362, 363	364
caricaturistas.—Gavarni.—Un recuerdo de Cour-		RARBÉY D'AUREVILLY, por Magallanes Moure	365
teline, Richon Brunet	358	FLORA Y CEFIRO, cuadro de Arturo T. Nowell	366
EL CORAZON DE UNA GEISHA, Kyoto	361	NIÑO DEL VOLANTIN, escultura de Lidia Berroeta ..	367
BARBÉY D'AUREVILLY, M. Magallanes Moure	365	ADOPTADO, cuadro de Walter Hunt	368
OTROS BARRABASES, I. Conchali	367	VENDEDORA DE NARANJAS EN LIGURIA, cuadro	
ENTREVISTA CON SWINBURNE	369	de H. H. La Tangué	368
EN EXTREMADURA, Miguel de Unamuno	371	RETRATO DE SWINBURNE	369
LA CATEDRAL DE MILAN, B. Vicuña Subercaseaux	375	LA CASA DE SWINBURNE	370
RECORDANDO A DAUDET, G. del M.	379	EN EXTREMADURA, ilustraciones de P. Subercaseaux	
REVISTA DE REVISTAS, Omer Emeth	380	Id. id.	372
		LA CATEDRAL DE MILAN (fotografía)	375
		MAGDALENA PENITENTE (Galería Brera)—Proca-	
		ccioro	376
		BOSQUEJO DE PLAFOND (Museo Poldi-Pezzoli)	
		—Tiepolo	377
		MILAN, fotografía	378
		ULTIMO RETRATO DE ALFONSO DAUDET	379
		LABERINTO DE BARCELONA, cuadro de Santiago	
		Rusiñol	381
		Proyecto de monumento de la Colonia Francesa para	
		el Centenario Chileno	382
		GRABADOS EN COLORES	
		CABEZA DE ESTUDIO	351
		MILE ROMANS, por Dronais	373



Apasionado di profum
trovo tra i più soadi
soavisimi quelli
della casa Bertelli

J. J. Chinazzini
Valparaíso



TÉ SANTA FILOMENA

El mejor de los
tés que se
conoce



MUEBLES!

LOS
MEJORES
EN
CALIDAD
Y PRECIOS
LOS HALLARÁ UD.
EN LA
**CASA
BRESCIANI**
47, ESTADO, 47



PASTILLAS
DR. COMAS
ESTOMACALES

PASTILLAS ESTOMACALES
del DR. COMAS

Curación radical de las enfer-
medades del estómago, intesti-
nos, hígado y riñones.—Se vende
en todas las Droguerías y
Boticas.

Agente por mayor
P. PEREZ BARAHONA
Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
Santiago
Unico importador para América, DOMINGO
FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.